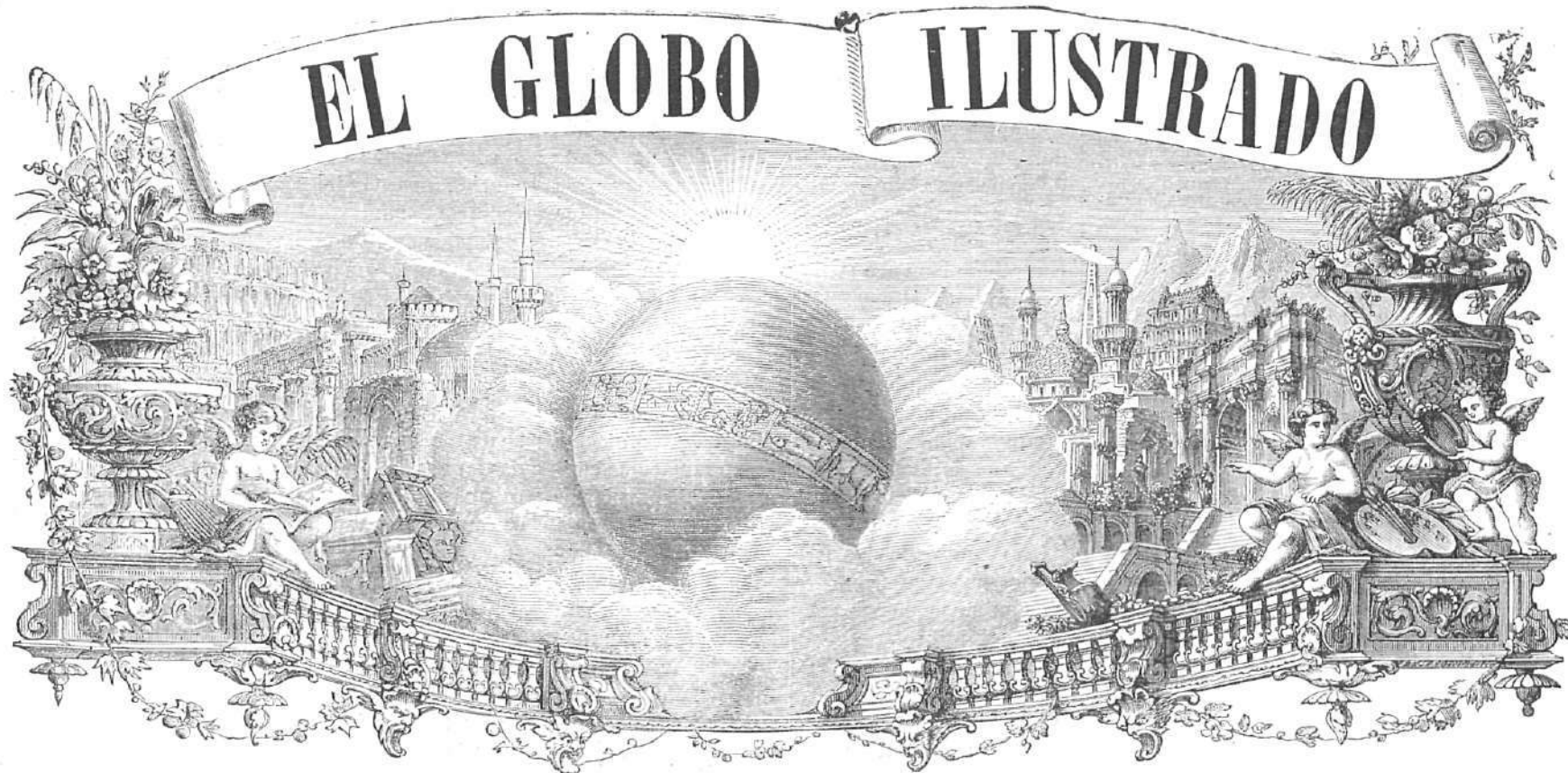




NUMERO 2.

CONDICIONES DE SUSCRICION.

Todos los meses se publican dos números de EL GLOBO ILUSTRADO, y cada número consta de 16 páginas, ocho de grabados y ocho de texto. El precio de suscripción es en Madrid 4 rs. al mes y 40 por un año; en provincia 18 rs. al trimestre y 60 por un año: en París y en el extranjero 20 francos al año; en las posesiones españolas de Ultramar 4 pesos fuertes y en el resto de América 5 id., enviándose directamente por los vapores ingleses. Se suscribe en Madrid en el Establecimiento tipográfico del BANCO INDUSTRIAL Y MER-

CANTIL, y en todas las librerías; en provincia y en Ultramar en casa de los corresponsales de dicho establecimiento, ó directamente enviando letra del importe á la orden de los señores F. de P. Mellado y Compañía: en París en las librerías de estos mismos señores á cargo de Mr. A. B. Laplace, rue Séguier, 3, y calle de Rivoli, 75, y en casa de M. Denné Schmit, rue Favart, 2.

Los números sueltos se venden á 2 rs. en Madrid y 3 en provincia.



SUMARIO DEL NUM. 2.

ARTICULOS. Plaza de la Citadella en Turin: movimiento de tropas italianas.—El primer fumador europeo, por don DIONISIO CHAULIE.—El jardín de las Tullerías.—La misión china en París.—Subir a la Torre, (boceto de costumbres murcianas), (conclusion), por don ANTONIO ARNAO.—El Derby en Epsom, por E. BARREIRA.—Bombardeo de Valparaíso, por A. M.—Cristeta, novela original, por don ILDEFONSO A. BERMEO.—El monumento dedicado a Cristóbal Colón, por C. IRIARTE.—Un milagro anual.—Fisiología del número 3, por el CONDE DE FARRAQUER.—La isla de Wight.

GRABADOS. Número 1. Página 17. Representa el movimiento de tropas italianas. Los soldados de la reserva, llamados para tomar las armas, se reúnen en la plaza de la Citadella en Turin. Véase el artículo *Movimiento de tropas italianas*.

Número 2. Pág. 20. Representa el Jardín de las Tullerías en París, durante los días de primavera. Véase el artículo del mismo nombre.

Número 3. Pág. 21. Representa la misión china y sus intérpretes reunidos en su salón de *Compañía*. Véase el artículo: *Misión china en París*.

Número 4. Pág. 24. Representa las carreras de Epsom (Grand Derby), en el momento de la señal de partida. Véase el artículo: *El Derby en Epsom*.

Número 5. Pág. 25. Representa el bombardeo de Valparaíso por nuestra escuadra, mandada por el almirante Mendez Núñez. Véase el artículo: *Bombardeo de Valparaíso*.

Número 6. Pág. 28. Representa el modelo de monumento que ha de erigirse en Madrid a la gloriosa memoria de Cristóbal Colón. Véase el artículo: *Monumento dedicado a Cristóbal Colón*.

Número 7. Pág. 28. Representa la salida de nuestra Soberana del Real sitio de Aranjuez, de regreso a la Corte.

Número 8. Pág. 29. Representa el aspecto de la plaza de la Iglesia, en Scafati, el 23 de mayo, día del milagro anual. Véase el artículo: *Un milagro anual*.

Número 9. Pág. 29. Representa el interior de la iglesia de Scafati durante la bendición del agua. Véase el artículo: *Un milagro anual*.

Número 10. Pág. 32. Las Agujas y el faro en la isla de Wight. Véase el artículo: *La Isla de Wight*.

Número 11. Pág. 32. La gruta en la isla de Wight.

Número 12. Pág. 32. Restos de la Abadía (quarry-Abbey), propiedad de John Fleming, en la isla de Wight.

Número 13. Pág. 32. Residencia de verano de la reina de Inglaterra en Osborne, en la isla de Wight.

EL GLOBO ILUSTRADO.

DEL 16 AL 30 DE JULIO DE 1866.

PLAZA DE LA CITADELLA EN TURIN.

(Movimiento de tropas italianas).

Los preparativos militares continúan con la mayor actividad en Italia; en el antiguo reino de Cerdeña, principalmente en Turin, no se ven mas que militares de todas las armas que acuden para agregarse a sus respectivos regimientos.

La plaza de la Citadella es el punto general de reunión de todos los militares, que llegan aisladamente, los cuales forman pelotones que desde este sitio parten despues en diferentes direcciones. La mayor parte de estos soldados van acompañados de algunos miembros de su familia, y aun cuando el sentimiento patriótico es general, las despedidas en el momento de la separación no son menos desgarradoras. Estos miembros de que hacemos mérito son padres, madres, hermanas, que tiemblan al ver alejarse a sus hijos y a sus hermanos. Algunos de los hombres que acuden, porque han sido llamados por sus banderas respectivas, abandonan a una joven esposa y a sus inocentes hijos; para estos la gloria no ofrece a sus ojos nada que pueda seducirlos o amortiguar el tormento de la separación, y mientras que unos se regocijan, otros llevan la desesperación en su alma. El grabado número 1 representa este movimiento de tropas italianas.

EL PRIMER FUMADOR EUROPEO.

En la madrugada del 3 de agosto de 1492, una pequeña flotilla compuesta de tres carabelas, frági-

les en su trabazon para surcar la inmensidad de mares sin nombre ni ribera conocida, se dió a la vela del pequeño puerto de Palos, en busca del nuevo continente que, para mal de la España y beneficio del linaje humano, habia el intrépido navegante Colón de legar a los venideros, patrocinado por una reina magnánima y religiosa, que obedeciendo la inspiración providencial que obraba en ella, encontrábase bien agena de pensar que su hidalgo amparo hacía el navegante despreciado por todos, daba comienzo a una de las verdaderas causas de la decadencia del pueblo que regia y a la interminable serie de calumnias o ignorantes acusaciones con que los extranjeros, auxiliados de algunos naturales que les hacen coro, mas dignos de lástima que de vituperio, han correspondido a la nación sacrificada en beneficio comun, cayendo abrumada por su grandeza.

No contaremos los azares de la travesía y dramáticas aventuras ocurridas a la gloriosa expedición en su primer descubrimiento, porque fuera trabajo inútil referir lo sabido por todos: un marino de la carabela Santa María ha de ser el héroe y objeto de nuestra leyenda, reparando así la injusticia que a nuestro juicio se viene cometiendo contra el nombre del primero en introducir una costumbre que, buena o perniciosa, saludable o mortífera, ha tenido y seguirá teniendo grande importancia para la moral, la economía, el comercio y la industria.

Rodrigo de Jeréz, vecino de Ayamonte, fué de los primeros que arriesgándose en aquellas endebles embarcaciones en busca de lo desconocido y misterioso, corrió a ponerse bajo las órdenes del almirante.

¿A dónde vá ese puñado de aventureros, intrépidos cual ninguno, tan débiles para luchar con las tempestades de un océano nunca surcado; tan flaca su imaginación, amilanada con las terribles descripciones de monstruos y borrascas espantosas, hechas por los viajeros que llevaron su temeridad hasta el extremo de perder de vista las columnas de Hércules?

Mas no son débiles, porque fortalecidos antes de subir a bordo con los sacramentos de la Confesión y Eucaristía, arrostrarán los riesgos con entereza, persuadidos de que el Dios vivo que apesentan en el pecho ha de robustecer su brazo contra el poder de las potencias infernales, y si por ventura asombrados de la grandeza de su hazaña llegan a vacilar en proseguirla, en esa duda está su mayor gloria, porque dejarán de ser hombres si no estuvieran sujetos a sus imperfecciones, y triunfando de sí mismos no tendrán que temer inconvenientes de ninguna clase.

Todos ignoran, incluso el hábil mareante que los guía, la tierra en que podrán arrojar el ancla, si es que los torbellinos y huracanes no los arrastran a la profundidad de un bátrito sin fondo; pero tambien como la reina de Castilla sienten la inspiración divina, y cual los primitivos cruzados al atravesar los desiertos de la Anatolia, gritan agitando el estandarte morado: *Dios lo quiere*. El aire entonces hincha la blanca lona haciendo resbalar las carabelas por la rizada superficie, la concurrencia hace resonar en la orilla igual exclamación, y las ondas agitadas rompiéndose en las playas españolas parecen repetir: *Dios lo quiere*.

Hélos por fin que aportan a la isla de Gaunahari (San Salvador) en 12 de octubre de 1492, de donde navegan de nuevo a reconocer el archipiélago en que se hallaban, para desembarcar luego en la fértil Cuba, a la que nombran Juana en obsequio al infante primogénito de los reyes Católicos, cuyo título no prevaleció sobre el que la daban los naturales.

Allí comenzó Rodrigo con mas espacio a lucir su travesura e ingenio, buenos modales y atractivo natural que siempre le habia distinguido. In-

ternábase, acompañado o solo por las florestas vírgenes de la isla, llevado por su afán de admirar cuanto le rodeaba, encontrando a su paso cuadrillas de indios a quienes procuraba tranquilizar, si como era natural emprendían la fuga a su presencia, enseñándoles algunas baratijas que les cedía de buena voluntad con objeto de hacerse agradable entre aquellas poblaciones y adquirir de tal manera las noticias que pudieran convenirle, satisfaciendo la curiosidad sin descuidar al mismo tiempo sus intereses.

En efecto, la desnudez de los indígenas, su piel cobriza, su rostro sin vello alguno, sus armas consistentes en cañas a cuya punta ponían un trozo de madera o un hueso afilado, las saetas armadas en vez de hierro con espigas de pescado, chocaban extraordinariamente al buen Rodrigo, que no se cansaba de mirarlos, así como los naturales en su rústica sencillez consideraban como bajado del cielo al extranjero que a ellos se acercaba e incapaz de causarles mal alguno. Y era fundada su veneración, pues la barba poblada y larga del europeo, su color blanco, vistoso traje y relucientes armas formaban un conjunto sobrenatural a los ojos de los tímidos isleños. «Llegaos acá, se decían unos a otros al experimentar el agasajo de aquel ser maravilloso, venid a ver el hombre que nos envía el sol desde la tierra de su nacimiento.» Afables, dulces e ignorantes, saltaban de alegría a vista de los mas fútiles objetos. Un pedazo de cristal, algunas sartas o cuentas de rosario, botones, cascabeles y cualesquiera otras bagatelas, eran para ellos alhajas de tanto precio y manifestaban tal ansia por adquirirlos que los trocaban gustosos por las producciones del país, el oro y todo cuanto ellos juzgaban mas precioso, huyendo a los montes apenas verificado el trueque temerosos de que los reciénvenidos, desengañados de su error, quisieran deshacer el trato.

Por su parte el de Ayamonte se daba maña singular para sostener aquel mercado, y partidario anticipado de la doctrina de Bastiat y Adam Smith acerca del libre cambio, permutaba pedazos de platos y escudillas por pepitas de oro nativo, como la cosa mas natural y puesta en razón, atendido el beneplácito mutuo de ambos contratantes.

Cierto día, entre varios, fué la negociación considerable, atendido el valor de los efectos que se sacaron a plaza: un espejillo roto en pedazos, media docena de cascabeles, un anillo de latón, dos o tres hebillas de acero. Llegó a su colmo el pasmo y la locura de los mas autorizados indígenas al verse poseedores de objetos tan preciosos, y colmado fué tambien el morral o alforja de Rodrigo de piedras jaspeadas de ricas venas de oro, cantidad de polvo del mismo metal y hasta grandes pedazos de oro virgen sacados del cauce del río Caunao, a orillas del cual se verificaban estos sucesos.

A la despedida quisieron los régulos y caciques de la tribu solemnizar el acto cual merecía la importancia de su resultado, y para ello despues de sacar cada cual de la bolsa que a la cintura llevaba un pequeño rollo de hoja seca de maíz, le fueron encendiendo por uno de los extremos, absorbiendo por el otro el humo de cierta yerba contenida dentro del envoltorio, fumigándose mutuamente con la mayor gravedad y al parecer deliciosa complacencia.

Todo lo miraba Jeréz sin comprender nada de tal ceremonia, ni serle dado preguntar, ignorante como estaba del idioma de aquellas gentes; únicamente sospechó debia ser cosa muy agradable el chupeteo en que se hallaban entretenidos, segun las muestras de satisfacción con que los veia continuar lanzando por boca y narices un humo azulado que sofocaba la respiración por lo ácre y picante de sus emanaciones.

Pasó algun rato sin acertar a traducir su deseo,

hasta que vió á los insulares dispuestos á partir y con ellos desvanecerse la ocasión de resolver la duda que le atormentaba, mucho mas sabiendo que la expedición debía zarpar de un momento á otro en busca de nuevas regiones. En tal apuro, echando mano de la mímica, lenguaje universal comprendido por toda clase de razas, y de uso común desde la antigüedad mas remota, llevó sus dedos juntos á la boca, y separándolos luego, sopló cual si quisiera exhalar una bocanada de humo, señalando despues á uno de los rollos encendidos en actitud de súplica. No bien acabó de formularla, cuando el mas condecorado de los jefes descinóse la bolsa donde guardaba aquella estimada yerba, aló sus cuerdas á la cintura del marinero, aderezó á su vista uno de los envoltorios y aplicándole fuego le colocó el mismo entre los labios del europeo, marchando en seguida á reunirse á sus compañeros, que ya caminaban á bastante distancia.

Con menos causa pudo César decir al atravesar el Rubicon: *Está echada la suerte*, que Rodrigo al dar la primer chupada de aquella yerba falaz y engañadora, origen de tantas desventuras para la vieja Europa. ¡Pero hasta dónde me conduce el afán de moralizar! He dicho mal, yerba sagrada, segun algunos te han llamado, nacida bajo el sol esplendente de los trópicos, nutrida por las corrientes de sus claros raudales en estendidas vegas, de donde el nombre de vegueros dado á los cigarros de cierta clase. Vengas en buen hora, consolador incesante de mis penas, aumento de mi alegría, auxilio en mi trabajo, enemigo del tedio y la tristeza: con bien llegues á los puertos del Mundo Antiguo, planta de noble origen, pues aunque despojada del oscuro verdor de tu rica vestidura adornada de flores púrpuras, los muchos nombres con que se ilustra tu abolengo, indica bien lo generoso de tu nacimiento. Los aborígenes de la tierra que te dió el ser te nombraban *cohiva*, *co-giva*, *coriva* ó *petuan*, y aun *tabaco* tambien, que será el título que te demos nosotros, dejando el de *nicotiana* para los sabios.

No quiero pasar de tus alabanzas á las imprecaciones contra los especuladores que cometen adulterios contigo, esponiéndome á escribir cosas ajenas de la moderación debida; pues ¿á quién no causará indignación ver alteradas las buenas propiedades que siempre te adornaron y cambiadas en otras nocivas y perjudiciales? Porque *lo debo decir muy alto* (solo para defender causa tan justa me permitiría estas frases de grande efecto) *no, y mil veces no*: las consecuencias incómodas ocasionadas por el abuso del cigarro serán siempre pasajeras cuando su calidad no está pervertida. Mi larga práctica de fumador, la variada experiencia adquirida en toda clase de tabacos, desde la hoja *quebrada* mas excelente hasta las cajetillas del estanco, me ponen en el caso de hacer esta *manifestación*.

Durante las divagaciones anteriores ha tenido Rodrigo tiempo de continuar fumando su rollo, estremeciéndose de piés á cabeza cada vez que le ponía en la boca, pero sin dejarle de la mano, persuadido que solo al principio sentiría mal gusto y novedad, debiendo soportar cualquier molestia si habia de acostumbrarse á vivir en tierras tan opuestas á sus hábitos anteriores.

Siguió firme con su tema, y á poco tuvo que tomar asiento en una piedra y aliojarse las agujetas de los gregüescos: las sienes empezaron á latirle con fuerza; un sudor frio inundaba su frente; todo cuanto le rodeaba daba vueltas alrededor de sus ojos; quiso cerrarlos y entonces fué acometido de mareos y náuseas desconsoladoras, acompañadas de sed ardentísima y vahidos que le hacían perder el sentido.

En tal situación se le ocurrió la idea de que los indios le habían envenenado sin remedio; se

acordó de la hermosa Andalucía, cuyo suelo no volvería á pisar; de su joven esposa, á quien habia dejado por correr aventuras, y aterrado por este pensamiento comenzó á lamentarse demandando el socorro de sus compañeros, que suponía no debían encontrarse lejos.

Así era verdad: una media docena que se hallaban en las inmediaciones, persiguiendo pápagayos y otros vistosos pájaros, acudieron á prestarle ayuda.

—¿Qué tienes, desdichado? le dijeron asustados al ver lo descompuesto de su semblante.

—¡Ay, amigos, esos paganos me han dado yerbas emponzoñadas, las que me tienen á punto de muerte!

—¿Y qué deseas hagamos por tí?

—¡Agua, hermanos, por Dios, traedme agua! en seguida llamé á uno de los padres franciscos, porque necesito confesion.

Diéronle lo que primero pedia, refrescóse en abundancia y despues de algun ligero vómito comenzó á restablecerse en términos que, no habria pasado una hora, y ya pudo volver despejado al campamento.

Cuando al cabo de una semana recibió órden la tripulación de estar aparejada para marchar, convocó Rodrigo con gran misterio á los seis expedicionarios de la víspera y les dijo:

—¿Sabeis que desde aquella mañana en que me puse tan malo no he vuelto á ver los salvajes del rio Caunao y que desearia ajustar una cuenta con ellos, si vosotros quisiérais acompañarme?

—Sí, sí, dices bien, contestó el mas joven y arrebatado de todos: fué una picardía lo que hicieron contigo. Vamos por los arcabuces y ballesas para no dejar uno de esos malditos gentiles, enemigos de nuestra fé.

—Espera, Luis de Torres, añadió Rodrigo, y no disparates como sueles. Porque sean gentiles esos infelices no dejan de ser hermanos nuestros, y bien claro oistes el otro dia al padre Boil que eso lo permite Dios por sus altos juicios que nosotros no debemos escudriñar. Si cuando tú estabas inficionado con los errores de la secta judaica hubieran acabado contigo, no hubieras despues recibido el bautismo para ser tan fervoroso cristiano como ahora manifestas. Y no vayáis por armas de ninguna clase, que por Dios no han de ser necesarias, pues de nadie tengo que tomar venganza; solo quiero hallar á los indios del otro dia para pedirles mas yerba de aquella que me hizo tanto daño, pues ya se me está acabando la que me dieron.

Sin embargo de la admiración consiguiente, fueron al punto en busca de los indios y Rodrigo volvió á España con buena provision de tabaco.

La primera noche que durmió en su casa, al penetrar la mujer en la alcoba, despues de recogida la demás familia, vió á su marido sentado con tranquilidad en una banqueta de madera arrojando chispas por la boca y un humo pestilente que llenaba todo el cuarto.

A pesar de la buena armonía que habían establecido en el matrimonio las gruesas pepitas de oro y otras alhajas raras entregadas por el esposo en manos de la consorte, no pudo esta resistir á espectáculo tan sobrenatural, y volvió atrás gritando que su hombre habia vuelto de las Indias con el diablo en el cuerpo. En vano fué que Rodrigo diese pruebas de no estar espiritado recitando varias devotas oraciones delante de los vecinos que habían acudido á encerrarle atrancando la puerta. No hubo remedio: tuvo que sufrir, aunque maldiciendo á los judíos, ladrones fementidos que así le trataban, que por un ventanillo abierto en el techo le rociaban hasta ponerle como una esponja, con agua traída de una fuente de gran virtud contra todo género de brujerías y encantamientos. Al cabo de rato informado el alcalde

del suceso acudió acompañado del señor cura y entonces terminó el escándalo. Se dieron las explicaciones correspondientes, el marido prometió no fumar nunca bajo techado y la mujer ocupó su puesto en el tálamo nupcial.

Rodrigo Jerez acompañó tambien á Cristóbal Colon en su tercer viaje.

—¿Para qué vas tan lejos á buscar oro, le decia su esposa, si aquí tenemos bastante para nosotros y nuestro hijo?

—No voy por oro, mujer, la decia el marinero, voy por tabaco que se me ha concluido.

Pasan muchos años sin volver á encontrar rastro histórico concerniente al asunto que da materia á este artículo.

En 1560 estando Juan Nicot de embajador de Francia en Portugal dió conocimiento de esta planta á un mercader flamenco, la presentó al gran prior, y luego de vuelta á su país, á Catalina de Médicis, como remedio para muchas enfermedades. Por eso se llamaba indistintamente *nicotiana*, *yerba del prior* y *yerba de la reina*.

Los primeros que usaron el tabaco en polvo ó para fumar, fueron desde un principio perseguidos y ridiculizados.

En 1604 declaró Jacobo I de Inglaterra prohibida esta yerba por sus cualidades perniciosas, pues «el humo que produce, decia, tiene las mismas cualidades que el del infierno, negro, espeso y nauseabundo,» y viendo en 1619 que su uso se iba propagando, publicó contra los fumadores un libro titulado *Misocapnos*. En 1624 el papa Urbano VIII excomulgó á los que tomaban tabaco en las iglesias. En Transilvania un decreto publicado en 1689 amenazaba con la confiscación de bienes á los que cultivasen tabaco, y con multa de 3 hasta 200 florines á los que hiciesen uso de él.

No salieron mejor librados los primeros mercaderes que trataron de introducirle en Persia, Moscovia y Turquía. En esta última prohibió Amurates IX la propagación de aquel narcótico, mandando que al que infringiese esta disposición se le cortasen las narices y los labios.

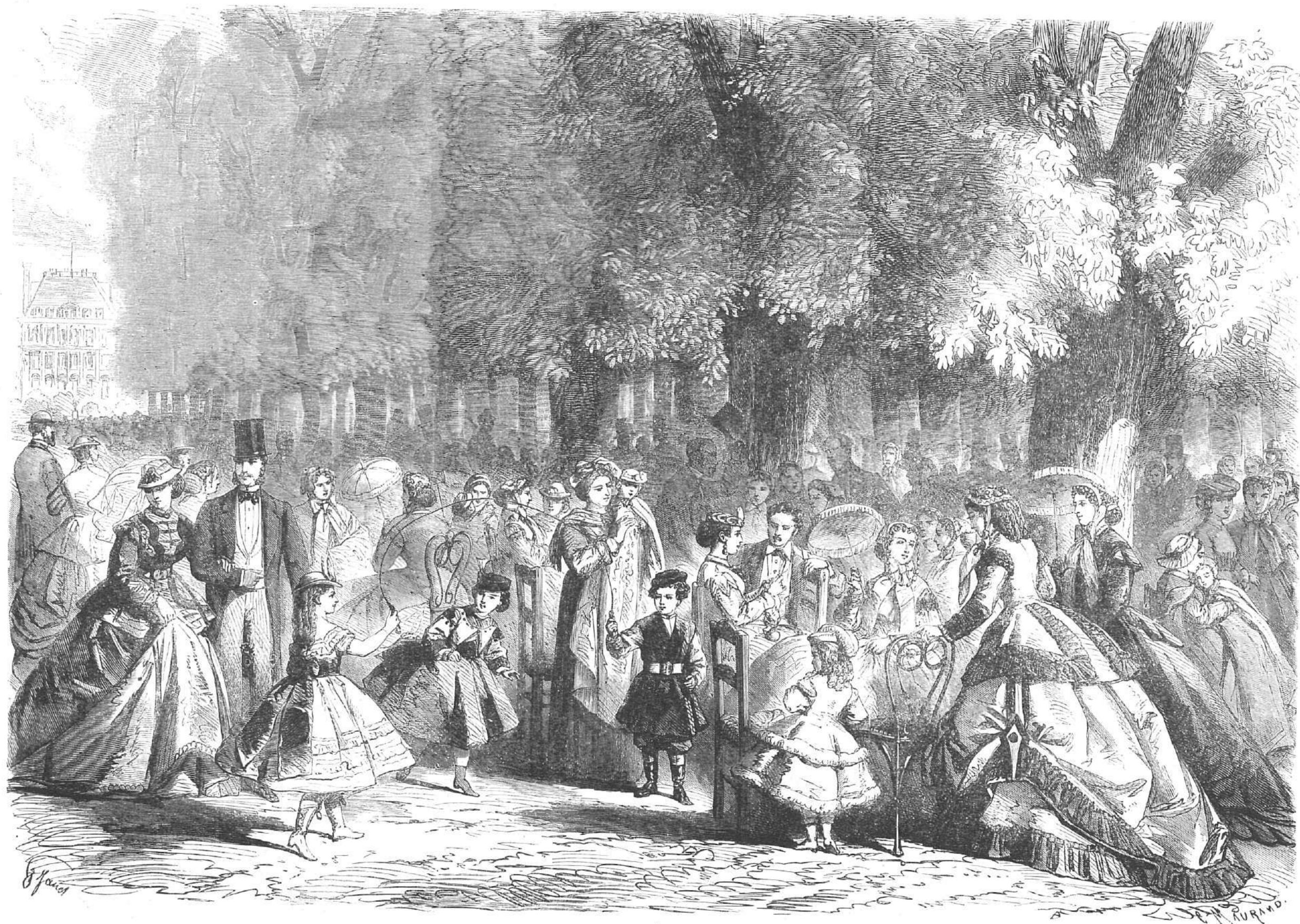
No faltó en medio de todo quien tuviese valor suficiente para salir á la defensa de la planta perseguida. En 1628 un tal Rafael Thorius, escribió en honor de la nicotiana un poema titulado *Hymnus tabaci*.

A principios de este siglo aun era mal vista en España la costumbre de fumar en público, y todavía por los años 1822 cuidaban mucho en los cafés y botillerías de alguna importancia de fijar un cartel que decia en gruesos caracteres: *No se permite fumar*. Hacia 1834 queriendo amonestar con todo primor á los concurrentes, escribieron los socios una cuarteta en el telon de cierto teatro casero, en la que se leia:

Aquí se viene á gozar
Cuanto al deber es conexo.
Y en honor al bello sexo
No se permite fumar.

Actualmente no en todos los países son libres los fumadores de seguir su costumbre donde bien les plazca. En San Petersburgo, Berlin y algunos estados de la Union americana, está prohibido severamente fumar por la calle: en otros gobiernos de la misma Union se castiga al que lo verifica en domingo.

Concluiremos con una ligera observación. No falta quien juzgue con poco acierto, que la repugnancia que manifiestan algunas señoras á tolerar se fume en presencia suya, nace de melindrosa ridiculez. Este modo de discurrir es las mas veces hijo de un egoísmo grosero que para nada se cuida de los padecimientos ajenos. Deben tener entendido los que así piensan, si por ventura no lo saben, que el humo del tabaco ejerce su acción narcótica sobre el sistema nervioso en ge-





neral, y especialmente sobre el cerebro, tan delicado por lo común en la mujer y propenso á irritarse con las emanaciones del cigarro. Así es que, pedir licencia para fumar un caballero á las damas en cuya presencia se halla, cuando ignora si podrá serlas molesto, constituirá siempre prueba plena de hombre civilizado, y por el contrario deberá calificarse de salvaje de la civilización al que se crea dispensado de este deber de humanidad y cortesía.

DIONISIO CHAULIÉ.

EL JARDIN DE LAS TULLERIAS

DURANTE LOS DIAS DE PRIMAVERA.

El jardín de las Tullerías no ofrece enteramente el aspecto de un verdadero jardín, porque no se encuentra en él ni accidentes pintorescos ni risueñas perspectivas, ni una vasta y variada vegetación. No es otra cosa que un inmenso paseo plantado con singular artificio.

Y á pesar de todo esto, lo que se llama jardín de las Tullerías es uno de los parajes mas deliciosos de París: es uno de los paseos donde se encuentra lo mas escogido y elegante de la sociedad parisiense. Por allí andan esparcidos y ordenados los mas cómodos asientos, donde puede cualquiera solazarse ó entregarse á las mas honradas y filosóficas meditaciones, y á corta distancia de la multitud bulliciosa y animada que acude á aquellas anchas y amenas calles de árboles. Allí se ven los estanques de mármol con numerosas legiones de peces de la China, que llenan de admiración á los paseantes extranjeros que se agrupan en los pretilos para contemplar á estos raros animales. Puesto desde la parte mas elevada de la terraza de la margen del agua, se disfruta de un golpe de vista encantador; en la calle de árboles de los naranjos, en este paseo predilecto de los jóvenes que andan allí para ver á sus prometidas, se asiste á la exhibición de las señoritas en visperas de casarse acompañadas de sus madres. Allí puede admirarse ese pueblo de héroes, de dioses, de diosas, que han nacido bajo el soplo de la inspiración de los artistas. Se ven á los niños y á las niñas saltar á la cuerda, jugar al arco ó al volante, y todo aquel que no quiera en un hermoso día de sol pasar una hora agradable en el jardín de las Tullerías, es que está enfermo ó que es misántropo.

Pero ya que hemos penetrado en este recinto delicioso, que ha pasado por tantas transformaciones, digamos algo respecto á su historia.

Enrique II, fué herido en un torneo por el conde de Montgomery, y habiendo muerto en el hotel de *Touraselles*, Catalina de Médicis abandonó este palacio, y puso los cimientos á un nuevo edificio que conservó el nombre de *Tullerías*, en atención á las tejas que se fabricaban sobre los terrenos ocupados hoy por el pabellón del centro. En 1664, Luis XIV encargó á Levan para que terminase el pabellón de las Tullerías.

Hasta la época de la revolución, éste palacio no fué teatro de ningún acontecimiento importante. Luis XVI habitaba en Versalles cuando el pueblo fué á buscarle. El rey vino entonces á ocupar las Tullerías el 6 de octubre de 1789. El 20 de junio de 1792, el pueblo invadió las Tullerías para presentar él mismo peticiones al rey, al cual pusieron el gorro frigio. Esta triste jornada sirvió de preludio á la del 10 de agosto. Bajo la primera república las Tullerías tomaron el nombre de Palacio Nacional; se construyó en él la sala de la Convención, en cuya sala fué pronunciada el 20 de enero de 1793, la sentencia de aquella asamblea que condenaba á Luis XVI á sufrir la pena de muerte. El Consejo de los An-

cianos reemplazó á la Convención. Napoleon, cónsul y emperador, habitó el palacio. La familia de los Borbones permaneció allí igualmente bajo la Restauración. El 29 de julio de 1830, á eso de las doce del día, el pueblo atacó á las Tullerías, y las tropas reales vencidas, Carlos X partió para el destierro. La rama menor de los Borbones, que permaneció diez y ocho años en las Tullerías, concluyó como había concluido la rama mayor. En febrero de 1848, muchos hombres armados se apoderaron de las Tullerías, y quedaron allí acuartelados por espacio de tres semanas. Al año siguiente el palacio de las Tullerías sirvió de salón de Exposición de pinturas; y hoy el palacio de las Tullerías es la residencia oficial del emperador.

LA MISION CHINA EN PARIS.

Nuestros periódicos políticos nos han dicho mas de una vez que ha llegado á París una misión china y hospedándose en el Gran Hotel. Parece que ha sido enviada á Europa por el príncipe Kong, regente del celeste imperio, con orden de recorrer, sin carácter oficial, las cortes de Francia, Inglaterra, Bélgica, Prusia, Dinamarca y Rusia.

El jefe de la misión se llama Puig-Ta-len, y ocupa hace ya muchos años el puesto de director adjunto de las aduanas europeas en el imperio chino. Ha traído en su compañía cinco letrados de diferentes graduaciones; y cuatro jóvenes agregados intérpretes, dos para la lengua inglesa y dos para la francesa.

El interés que escitan los habitantes de otro mundo es siempre nuevo; la China, á pesar de las recientes expediciones guerreras de Francia, es para los franceses y para todas las naciones europeas el país de las *Mil y una noches*, y todos están ansiosos por conocer cómo viven estos hombres que tratan de bárbaros á los pueblos que no son el suyo.

El poder militar europeo ha dado en que pensar al gobierno chino; quiere saber con exactitud lo que valen los europeos, y los enviados actualmente á París, traen la misión de estudiar las costumbres europeas, las artes, la industria, y decir de una vez para siempre al *Hijo del cielo*, si realmente hay en Europa alguna cosa buena y digna de importarse á China.

Los embajadores van acompañados del baron de Meritens, que debe guiarlos en su excursión por Europa, y que hace los mayores esfuerzos para iniciar á sus mandarines en la civilización europea.

SUBIR A LA TORRE.

(BOCETO DE COSTUMBRES MURCIANAS.)

(Conclusion.)

Pasados los primeros momentos de asombro, y luego que el observador puede darse cuenta á sí mismo del inesperado panorama que tiene ante sus ojos; los guías que le acompañan suelen darle instrucciones acerca de algunos lugares circunvecinos.

—¿Vé vd. es el largo camino que semejante á una enorme serpiente se interna en la frondosidad de la huerta? Ese es un espacioso murallón que defiende á la ciudad de las avenidas del Segura, río que si bien está casi seco en el verano, es muchas veces un torrente desbordado en el invierno. Ese

malecon es uno de los paseos más bellos que hay en España; porque no recuerda el afán del hombre que pugna por encerrar en reducido cuadro las gracias de la vegetación. En él se presenta por campo á las ávidas miradas, un dilatado jardín en que, á modestas florecillas, se sustituyen el morol, el naranjo y la palmera. Ese paseo es el de los filósofos y los enamorados.

¿Ve vd. en aquella azulada sierra que se extiende al Mediodía, el blanco edificio que se destaca del fondo oscuro, como una cándida tórtola posada sobre las peñas? Aquel es un rico eremitorio, dentro de cuyos sagrados muros se encierra una joya inestimable para los murcianos, la hermosa imagen de su santa patrona, la Virgen María de la Fuen-Santa. De todos los objetos que pueden entusiasmar verdaderamente á los nacidos á orillas del Segura, ninguna como esa dulce Señora: de todos los espectáculos que se pueden soñar, ninguno mas grandioso y pintoresco que la romería de todo el pueblo cuando sale á recibir en la ciudad ó va á dejar en su templo, esta venerada imagen.

¿Ve vd. aquel otro que resalta igualmente sobre la montaña, entre Levante y Norte, y á cuyos pies se extiende una ciudad? Aquel es el ilustre colegio de San Miguel de Orihuela, de cuyo seno han salido al mundo hombres eminentes, para los cuales el estudio y la sabiduría había llegado á ser una segunda naturaleza. La antigua *Orcelis* es la ciudad que yace á sus pies.

¿Ve vd. esa enhiesta roca que se eleva en medio de la vega, como un centinela de esta comarca, y en cuya cima se ven restos de almenas hechas por la mano del hombre? Esa roca, llamada el *Castillo de Monteagudo*, fué un tiempo fortaleza romana; despues árabe: hoy es ruina que atestigua lo que fué en mejores tiempos, con las varias antigüedades que continuamente están sacando de su seno los arqueólogos.

Pero mucho habríamos de extendernos si quisiéramos enumerar cuantos objetos notables se ofrecen á la consideración del viajero que observa desde aquellas alturas.

Solo indicaremos algunas otras, de distinto género, que tambien suelen hacerse sobre lo que hay en derredor.

Como quiera que la torre domina por completo la ciudad, el que á ella sube sorprende varias escenas que pasan en el interior de las casas; gracias al descuido de sus moradores que se olvidan de esta circunstancia, y á algunas traidoras ventanas que permiten á la mirada del curioso investigar más de lo que él mismo se propone. Particularmente en las azoteas, ó como allí se llaman *terrados*, y en los espaciosos patios y jardines de las casas, se puede recoger una buena cosecha de observaciones, que á veces revelan secretos propios de la vida familiar.

Con efecto: en una parte se ve una delicada señorita entregada á rudos quehaceres domésticos, en los cuales por nada del mundo quisiera ser inspeccionada. En otra un respetable señor, tendido muellemente en su jardín, solazándose con sus tiernos hijos, y restaurándose con el benéfico calor de un sol de invierno. Aquí, en el escondido terrado, cercado de altos pretilos que cortan toda mirada con la ciudad, se suele ver alguna vez una monja, que en hora de descanso está entregada á labor de manos, ó á la lectura de un libro piadoso. Allí dos ó tres grupos de vecinos y vecinas que de terrado á terrado departen amablemente acerca de la crónica de la ciudad.

Con tales antecedentes, y uniéndose la idea religiosa en algunas festividades, cierta parte de la clase mas modesta de la capital, y considerable número de gentes de la huerta circunvecina, tienen fijado entre sus diversiones el subir á la torre en la tarde del día del *Corpus*, como complement-

to necesario á la solemnidad de la fiesta. Es una especie de sociedad, que se reúne una vez al año, para la cual se convidan con anticipación los que tradicionalmente hacen esta romería en pequeño.

Si queréis asistir á una de estas fiestas, venid conmigo.

Figuraos que estamos en un día de verano, de esos hermosos días tibios y resplandecientes, que en pocos países reinan como en Murcia, donde el cielo, en vez de nubes, se cubre de arbores. Ha pasado más de medio y con él la solemne procesión del Cuerpo de Nuestro Señor, en la cual se ha revestido la hija del Segura con todas sus galas más preciosas. Llega la hora de disponer el paseo; y mientras la mayoría se prepara á lucir todos los adornos del lujo y la riqueza, buen número de personas del pueblo, y sobre todo de la huerta, se dirigen alegremente á subir á la torre.

Desde que se entra en ella se nota el rumor confuso y alegre de los que bajan y suben como un espeso hormiguero; rumor que resuena en aquellas angostas bóvedas hasta aturdir los oídos. De todos estos individuos, solamente los de edad avanzada suben con paso mesurado: la gente joven, y dicho se está, los niños, saltan y brincan y retozan, cansándose por consiguiente más de lo necesario.

Aunque los concurrentes están esparcidos en los diferentes pisos de la torre, el grupo mayor ocupa el de las campanas. Aquella parte ofrece un agradable espectáculo.

Una multitud contenta y charladora se recrea con verdadera y honesta franqueza en aquel ámbito poco espacioso. Forman los huertanos la mayoría. Las personas formales están sentadas, para



desquitarse del cansancio de la subida, en cierta especie de repisas enclavadas en los ángulos de la torre. Los asientos de piedra que hay á los lados de los balcones, están atestados por lo regular de muchachas, tanto de fuera como de dentro de la ciudad, pues para conversar con los mancebos que las acompañan, necesitan respirar el aire libre y ver el azul del cielo. Los chicos, formando juegos y bullendo de una parte á otra, solo conceden su atención á las campanas, abrazados á las cuales quisieran ellos volar.

Asido del cordel en que remata el badajo de cada una de éstas suele haber un individuo, en cuyo semblante satisfecho se revela el orgullo del dominio. Efectivamente, el tocar las campanas en los repiques generales es un derecho que se transmite por herencia en ciertas familias del pueblo. Así es, que en esta solemnidad, cada uno se ostenta como dueño en aquella parte de su imperio. Sin saberlo, tal vez se adivinaria: de tal modo expresan aquellas variadas fisonomías populares un sentimiento que dice: «Yo mando en esta campana.»

Acá hay una familia de humilde clase, la de un honrado albañil, que formando un grupo variado se divierte aquellas horas como mejor puede. La madre, de cabellos canos, sostiene sobre la falda un abultado montón de nueces y almendras, al cual van acudiendo por turno las hijas de negros ojos, sus galanes apuestos que charlan á un extremo y los traviesos niños que nunca se hartan de comer.

Allá, á un corro de garridas huertanas, empeñadas con encajes y lentejuelas, se acercan dos ó tres mozos de su clase, ofreciéndoles, en pañuelos de seda crua, garbanzos torrados y avellanas de las Indias. Las muchachas aceptan el obsequio, pagándolo con una sonrisa, y poniéndose coloradas como una amapola.

Alguno que otro vendedor, que ha subido hasta allí la tosca mesilla donde ofrece al apetito de los consumidores dulces secos, (en que el almidón y el papel dorado entran por mucho), ameniza la reunión con sus alegres gritos y dicharachos para pregonar sus mercancías.

El indispensable *horchatero* va de una parte á otra, ponderando en larga retahíla su agua de limón como la nieve; la cual beben en la torre los huertanos, llamándola en su pintoresco dialecto agua de *espejiquios*.

De vez en cuando, algún mancebo, echado de pechos á los balcones, y mirando distraído á la ciudad, canta á media voz, y en tono melancólico que él mismo no se explica, coplas como la siguiente:

«Cartagena me dá pena
Y Murcia me dá dolor,
¡Cartagena de mi vida!
¡Murcia de mi corazón!»

Así, en esta reunión modesta, todo respira abandono y sencillez. En los semblantes se ve pintada la alegría. Todos se mueven, todos charlan. No parece sino que en tales momentos los circunstancias son verdaderamente felices. Si se aplica el oído se oyen poco más ó menos conversaciones cortadas como estas:

- Mare, quiero mas alveyanas.
- Chico, cuidao no te caigas.
- Prenda, no sea osté tan esdeñosa.
- Qué hermoso iba el carro en la procesión.
- ¿Sabes quién le habla á la hija de....
- Vamos, zagales, que se hace tarde.
- ¡Mare, ¿me compará osté unas campanas como estas?

En medio de semejante algaravía, suelen de repente sonar las horas, ó alguno de los toques de la variada ciencia del campanero; y aturrida la reunión al repentino estruendo, prorrumpe en un grito espontáneo, como si quisiera ensordecer el metal que á ella le ensordece.

Pero ya la tarde cae, y la sociedad se dispersa. Comienza la bajada. La bajada, en todas las situaciones del mundo, es por desgracia más fácil que la subida. Pronto los alegres circunstantes se encuentran á mitad de la torre. Allí, para darle su despedida, visitan por última vez el cuarto del reloj. Cubierta esta habitación por una bóveda, tras de la cual hay un grande espacio vacío, su disposición acústica es tal, que colocados dos interlocutores en sus extremos, con la boca contra el muro, se pueden hablar, sin que lo comprendan los circunstantes. Este cuarto se llama también *del Secreto*. En él, pues, mientras viejos y niños se distraen mirando la máquina del reloj, los jóvenes por lo regular se comunican varias frases que pueden traducirse:

—«Es vd. muy guapa. La quiero á vd. mucho.»

Más ya suena en las alturas el toque de oraciones. Todos sin excepción se paran, se descubren y rezan el *Ángelus*, ó como dicen, *la oración*. Terminado, renace el movimiento. Los últimos grupos se

apresuran, y en breves instantes llegan corriendo á la puerta de la torre, donde el campanero los llama sonando las llaves. Momentos después todo queda en silencio.

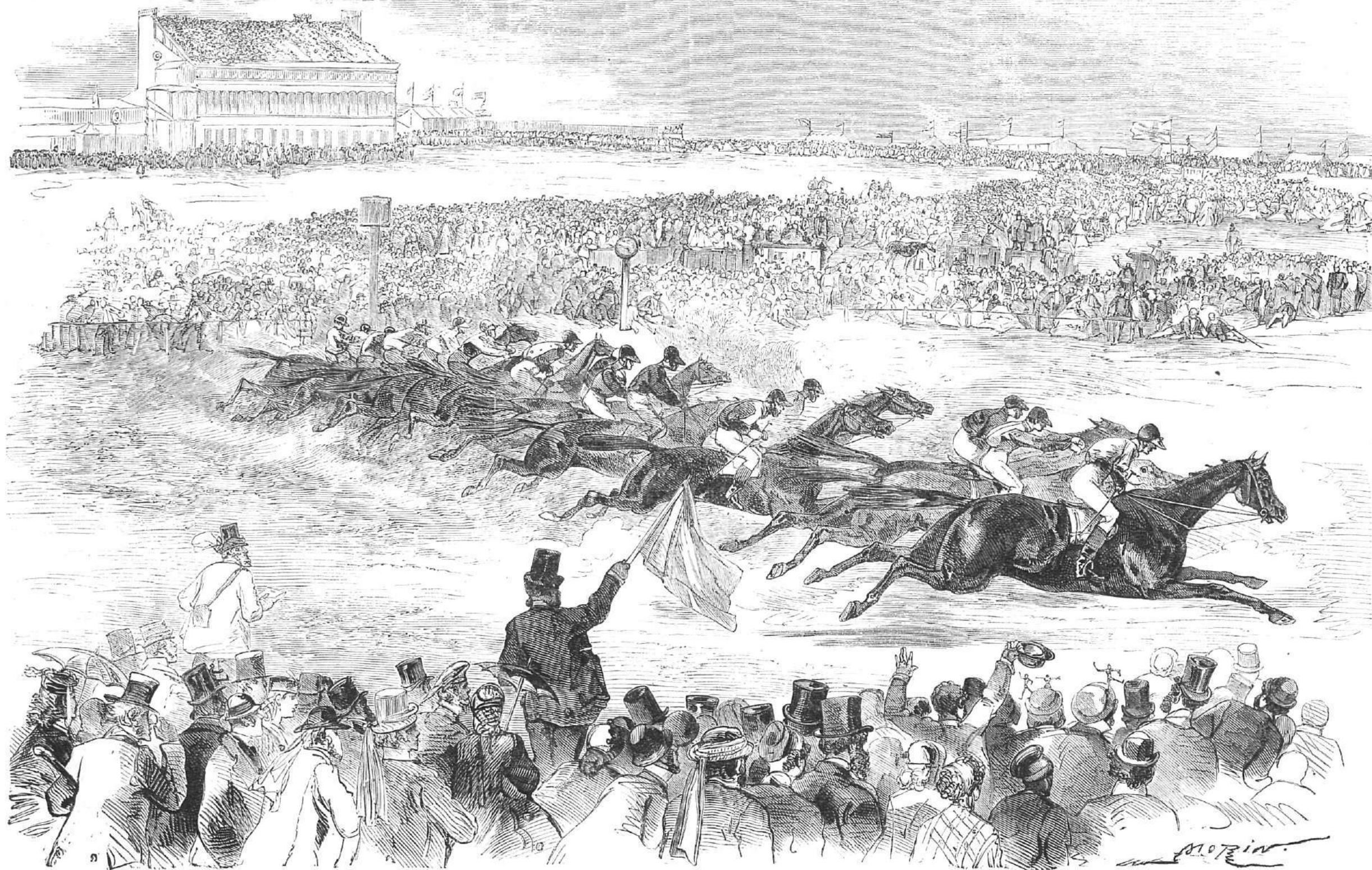
Nosotros hemos pasado en esta torre ratos muy agradables, fantaseando ante el espectáculo de los ricos panoramas que domina. El que más nos ha admirado desde ella es el aspecto del cielo encapotado en alguna tempestad, surcado repetidas veces por la luz siniestra del relámpago, y retumbando con el trueno. Otro hay también sublime cuanto triste: la huerta inundada en gran parte por algunas avenidas del Segura durante el invierno.

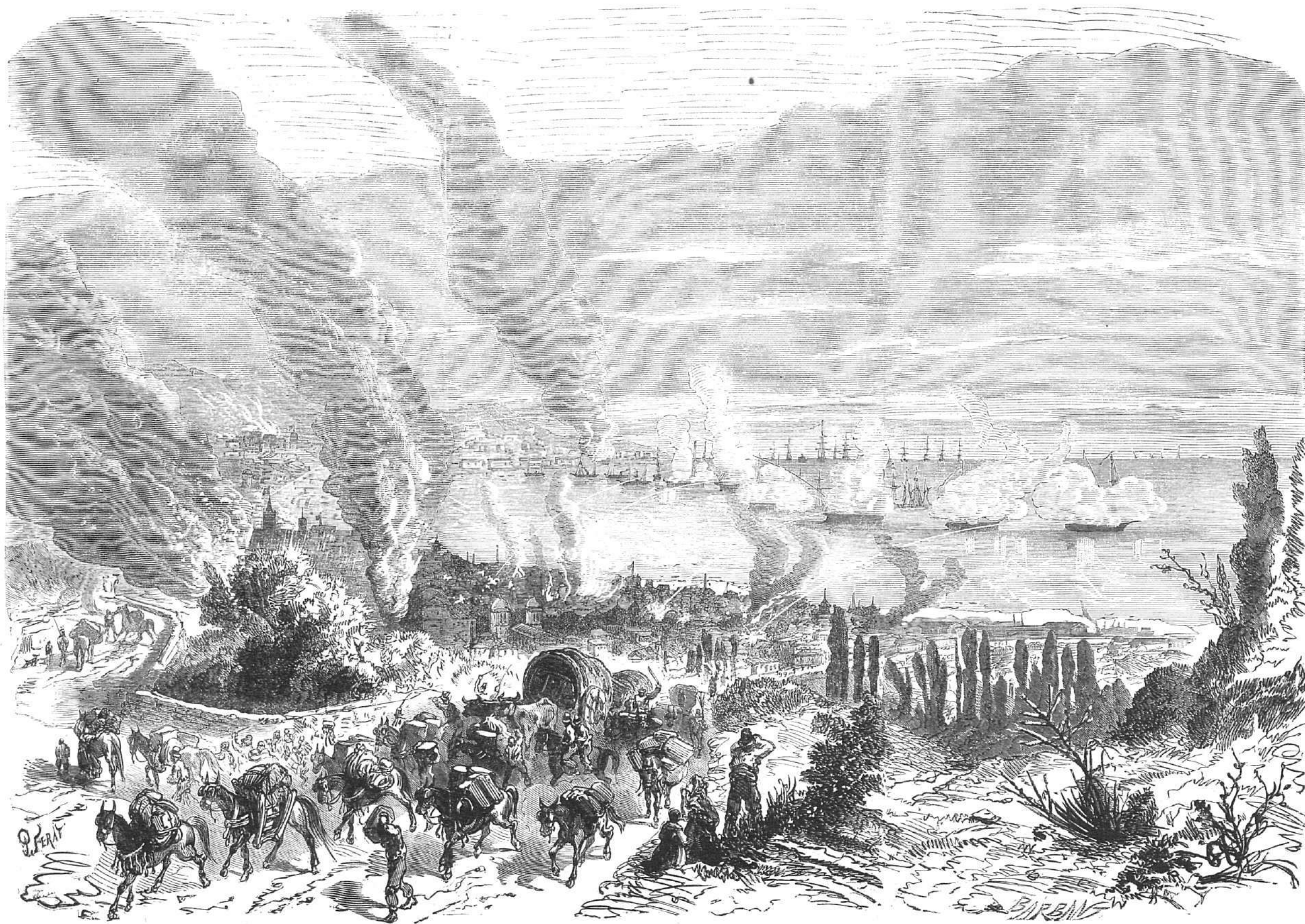
Lo que ahora nos parece sentir es el eco armónico de sus acordadas campanas. El nos recuerda con tristeza el suelo que nos vió nacer.

ANTONIO ARNAO.

EL DERBY EN EPSON.

Con mucha anticipación se produjo una agitación en los ánimos en Inglaterra, pues se aproximaba el día de un ruidoso acontecimiento; hablaba la prensa, hablaba el público sobrescitado, de caballos y de carreras; se citaba el caballo favorito y las apuestas eran numerosas en todas partes; el gran día del *Derby* se acercaba. En este día todo el mundo está de pié; los negocios quedan suspendidos y las cámaras piden vacaciones. Los rumores de una guerra europea; la crisis financiera en el interior de la Gran-Bretaña, no perturban en lo más mínimo los solaces de esta fiesta nacional. En esta ocasión Inglaterra adquiere una fisonomía especial, y se convierte en un inmenso teatro de juegos de azar, desde el más pequeño hasta el más grande, desde el mendigo hasta el lord; desde la mujer del pueblo hasta la gran lady, desde el más humilde tendero hasta el más empujado negociante; todo el mundo se consagra este día devoto al culto de la diosa ciega que preside en los paraísos de la fortuna, que se prepara á sonreír á los unos y á volver la espalda á los otros, según su capricho, entregando al suicidio al día siguiente algunas de sus víctimas. Desde muy temprano, en la mañana del *Derby*, se ven pasar los carruajes de todas clases; coches particulares y de alquiler, omnibus, carrozas y hasta carretas, todo rueda hacia la llanura de Epson, que es una larga jornada para los caballos que arrastran todos estos vehículos; los unos con facilidad, los otros con trabajo. En estos carruajes se ven los elegantes, los preciosos domadores de caballos, *pretty horse breakers*, tenderos, carniceros y hasta niños de pecho en los brazos de sus madres, llevando las insignias y los colores de la fiesta, con los velos verdes, con varios postizos, con todos los atributos de la locura. Se precipitan, se confunden, se empujan, se derriban, se apostrofan en aquel bello lenguaje que se habla en *Bilnisgate*; es el delirio, es el carnaval inglés, rudo, ronco, ardiente. John Bull ha cerrado su tienda, ha tomado la llave del campo, como dicen ellos, y se entrega de corazón á la alegría lanzando estrepitosas carcajadas. Trabajo costaría reconocer en él al personaje grave, solemne y aplicado del día anterior; pero esto no sucede más que una vez en el año, y es menester que se desquite con creces de sus ocupaciones ordinarias. Como los ingleses no tienen la costumbre de divertirse, por eso tal vez son tan bruscos y exagerados en estos desahogos; no conocen más que el pugilato y las risotadas. Para ellos las agudezas del entendimiento, que ellos llaman *practical jokes*, es abollar el sombrero; echaros fuera de la boca dos ó tres dientes ó romperos la nariz de un puñetazo amistoso, romperos un brazo ó una pierna por medio de una caricia. Estos son sus juegos inocen-





tes, y cuando han estropeado á un amigo rien de todas veras.

Viendo este inmenso número de carruajes y de personas lanzadas por todos los caminos del condado de Surrey, nos preguntamos como la llanura de Epson, tan vasta como es, puede contener todo aquello. Sin embargo, se oprimen, se arreglan de modo, que de cerca y de lejos se presencian las carreras.

Un gran número de caballos estaban alineados, y costónos mucho trabajo poder atravesar aquella multitud codeando á la inglesa y encontrar un sitio conveniente desde donde poder ver comodamente el arranque de los caballos y hacer el croquis, que remitimos á vds. El lord Lyon ha ganado el premio.—*Rustic* llegó el segundo.—*Plutus*, perteneciente al conde de Lagrange, no ha obtenido nada. El día fué hermoso y la fiesta ha sido completa. Todo el mundo se aprovecha de las circunstancias, para ganar dinero, y el *Derby* lo hace ganar á muchas gentes; pero no sé porque el camino de hierro no se contenta con el provecho demasiado considerable que le lleva el infinito número de viajeros que acuden este día á aquel paraje y porqué aumenta el precio de los asientos.—¡Seis chelines para andar trece millas!—Esto es una exhorbitancia; pero en Inglaterra las compañías de caminos de hierro son independientes, hacen lo que quieren y el público está obligado á pasar por todo.

E. BARRERA.

BOMBARDEO DE VALPARAISO

El bombardeo de Valparaiso por nuestra escuadra ha causado una gran sensacion en toda Europa. Ya sabemos que el 27 de marzo próximo pasado, el almirante Mendez Nuñez notificó á las autoridades militares de Chile su inalterable resolucion de romper, en la mañana del 31 de marzo, el fuego contra esta ciudad. Hasta entonces se habia esperado que este funesto suceso hubiera podido evitarse, y su poblacion de mas de 80,000 habitantes, casi todos extranjeros, no se habia preparado contra esta terrible calamidad: Valparaiso, en efecto, es una ciudad comercial que no está protegida por ninguna fortificacion, y segun un rumor acreditado, nuestras fuerzas marítimas debian limitarse á un bloqueo.

El corto espacio concedido se empleó en trasportar una parte de los objetos mas preciosos, y en alejar, en el mayor número posible, á los ancianos, las mujeres y los niños.

El comandante general de Valparaiso, el señor Villalon, recibió la orden formal de no responder á nuestros fuegos; pero el 31 de marzo muy de mañana distribuyó por diferentes puntos 4,000 hombres de tropa, bien para oponerse á un desembarco, bien para mantener el orden y combatir el incendio. Las compañías de bomberos de Santiago y de Valparaiso ocupaban las posiciones mas espuestas. Entre los habitantes que no pudieron alejarse—cerca de 50,000,—se dirigieron á parajes elevados de las cercanías para contemplar el terrible espectáculo.

Los buques de guerra americanos, ingleses y franceses, dejaron el muelle y tomaron posiciones detrás de nuestra escuadra. Esta se situó á una distancia de 400 metros de la ciudad y se componia de

La fragata corazada *Numancia*, 40 cañones.

La fragata *Villa de Madrid*, 50 idem.

La idem *Blanca*, 40 idem.

La idem *Resolucion*, 40 idem.

Corbeta *Berenguela*, 32 idem.

Idem *Vencedora*, 2 idem rayados; y diferentes buques de menor importancia.

A las ocho y diez minutos, la *Numancia*, mandada por el almirante Nuñez, disparó dos cañonazos que debian servir de último aviso, y á las nueve y ocho minutos la *Blanca* rompió el fuego contra la Aduana, que contenia por valor de 150.000,000 de francos de mercancías extranjeras. La *Villa de Madrid* la imitó casi al momento. Cinco minutos despues, los otros buques comenzaron á vomitar balas y bombas sobre la estacion del camino de hierro, sobre la Bolsa, la Intendencia y los edificios inmediatos. El cañoneo iba acompañado de descargas de fusilería contra los soldados ó los curiosos que se encontraban á orillas del mar.

Solo despues de tres horas de un fuego continuado, á las doce y ocho minutos, la *Numancia* izó el pabellon anunciando el término del bombardeo. El número de proyectiles, balas, bombas ó granadas lanzadas sobre la ciudad, se evalúa en 3,000.

Despues de la Aduana, los puntos que mas han sufrido son el barrio de la Planchada, habitado por comerciantes é industriales franceses, y la plaza de la Intendencia, sobre la cual estaba edificado el palacio de la Intendencia y la Bolsa. El barrio francés de la Planchada le forman tres calles paralelas entre el mar y la montaña, con seis hileras de casas. Estas seis hileras de casas han sido destruidas por las balas ó devoradas por el incendio en tres cuartas partes de su estension.

En el momento que cesó el bombardeo, los bombéros se pusieron á trabajar y lograron, despues de veinte horas de esfuerzos sobrenaturales, dominar el incendio. Si los socorros hubiesen sido menos prontos ó menos bien dirigidos, la ciudad entera no seria hoy mas que un conjunto de ruinas y de cenizas.

A. M.

CRISTETA.

NOVELA ORIGINAL

POR DON I. A. BERMEJO.

(Continuacion.)

II.

El edecan, despues de haber saludado respetuosamente al virey, se dirigió al sitio donde estaba Magdalena, é inclinando la cabeza y dejando percibir en sus labios una amistosa sonrisa, dijo á la jóven:

—¿Cómo está la bella Magdalena? Me parece que se encuentra buena, segun veo.

—Gracias, respondió Magdalena con cierto desden.

Guaicolea siguió sonriendo, y se apartó de la jóven para hablar á Cisneros, al cual le dijo lo siguiente:

—Vengo á tomar órdenes de vuestra escelencia.

—Ninguna tengo que daros, respondió el virey con cierta gravedad. Podeis disponer de vuestro tiempo. Hace nada más que dos días que habeis llegado de la Península, y creo que no os vendrá mal que deis algunos paseos por la capital para conocer bien á Buenos-Aires.

Guaicolea miró al virey con una especie de sonrisa burlesca y dijo:

—Ni pensarlo, señor. Cuando se ha estado en Madrid, en Cádiz, en Barcelona, en Sevilla, todo lo demás ofrece poco atractivo.

Magdalena se sentó junto á la mesa, é interrumpió al edecan con las siguientes palabras:

—Ese es un cumplido... muy lisonjero en favor de la América, y por el cual os doy gracias, señor edecan.

Guaicolea, un tanto aturdido, se detuvo para responder; pero despues de haber tartamudeado un poco prosiguió:

—La América... entendámonos... Si me hablais de la América de Cristóbal Colon, en buen hora. Yo me habia formado de la América otra idea, y cuando yo he salido de Madrid, creí encontrar aquí salvajes, costumbres indias, plumas... y en lugar de todo esto, he visto gente vestida de casacas, hablando mi mismo idioma; en una palabra, he visto americanos de Madrid ó de Sevilla, y esto es para dar en tierra con todas las ilusiones.

Cisneros, que paseaba lentamente por el salon, y que habia escuchado atentamente este curioso diálogo, dijo á su vez dirigiéndose á Guaicolea:

—Puede ser que no trascorra mucho tiempo sin que halleis á vuestro paso cosas que os sorprendan.

—Mucho lo deseo, señor, dijo inmediatamente el edecan; una de las cosas que mas me han sorprendido hasta ahora es la distancia. ¡Santo Dios, qué lejos está Buenos-Aires del puerto de Cádiz! Creí que nunca llegaba.

—Por lo que veo, interrumpió Cisneros, nunca salisteis de Madrid.

—He visto á Cádiz, Barcelona, Sevilla....

—Entonces, dijo el virey, temo que vuestro tono y vuestras maneras no sean aquí apreciados debidamente. Pero voy á daros un consejo: sabed que en este momento, España y América, raramente están de acuerdo en nada, y que cuando una persona tiene demasiado éxito en Madrid, es precisamente un motivo para que no le tenga en este país.

—Eso es lo que comunmente se dice, contestó el edecan. Aquí reina un espíritu de oposicion. Por ejemplo, ayer, en la calle del Potosí, he observado que, como en Madrid, yo llamaba la atencion por el uniforme, pero en otro sentido; por la noche, ya esto fué otra cosa; entré en una hostería y pedí chocolate; todos se levantaron hablándose al oido y mirándose así... de cierto modo sospechoso... y se me figura que á las diez de la noche, es una buena hora para tomar una jicara de chocolate.

—Aquí no, señor Guaicolea, dijo de pronto Magdalena.

—¿Y por qué? preguntó el jóven edecan con asombro.

—No me atrevo á decirlo... sin permiso de mi padre... al menos en su presencia.

—Puedes hablar sin temor, dijo el virey sin dejar de pasearse... Soy muy tolerante.

Entonces dijo la jóven Magdalena:

—Eso es, que desde el último bando que mandó pregonar y fijar por las esquinas el señor virey, mi padre, aumentando el impuesto del chocolate, todos los bonaerenses se han puesto de acuerdo para no tomar chocolate, ni en las hosterías, ni en las casas particulares, y en su lugar se han aficionado mas á la yerba mate del Paragnay, de la cual se hace hoy un grande consumo.

—En buen hora, dijo Guaicolea, pero en ese caso no debe impedirse á los demás que lo tomen...

El virey detuvo su paseo y exclamó, interrumpiendo á su edecan:

—¡Hé ahí las gentes que quieren hacerse temer! Descontentos temibles, que nos combaten imponiéndose privaciones.

Luego, mirando á Magdalena, dijo:

—¿No es verdad, hija mia, que tus compatriotas han desplegado en esta ocasion una sublime energía?

—Indudablemente, exclamó el edecan alzando la voz y con cierto ademán de petulancia; indudablemente... Yo no podria... Yo soy español, y yo haria todo en el mundo, excepto cambiar mis costumbres; y cuando veo gentes que renuncian á

las suyas por espíritu de partido, yo digo... que son caracteres obstinados, gentes peligrosas, que son capaces de todo... Este es mi parecer.

El virey, que á pesar del poco tiempo que habia tenido á su lado á su nuevo edecan, creia conocerle á fondo, miró con fijeza á Guaicolea y le dijo con tono sentencioso.

—Habeis dicho cosas que tal vez no hayais meditado. Acaso sea esto lo mas profundo que habeis pronunciado en vuestra vida.

—Sí, sí, prosiguió Guaicolea; yo tengo estos repentes; me suponen ingenioso y... esto es muy natural á un hombre que se dedica á los asuntos de Estado... A propósito de esto, señor; he cumplido con el mensaje secreto que ayer me encargásteis; he visto á ese extranjero, á ese personaje misterioso... ¿Qué hombre es ese?

—¡Basta! exclamó el virey con acento grave y mirando con ceño á Guaicolea.

El edecan, un poco aturdido por haber comprendido el enojo del virey, prosiguió:

—He querido decir, que ví de parte vuestra al conde Belemberg, y que vendrá hoy por la mañana. Ya está prevenida vuestra excelencia.

—Y yo os prevengo, dijo Cisneros en tono de reconvencion, os prevengo, repito, señor Guaicolea, mi secretario privado, que cuando un hombre se dedica á los negocios de Estado, no se da cuenta en voz alta y delante de la gente de las misiones que se han desempeñado bajo un carácter secreto. La que os he dado no tiene la mayor importancia, pero me hareis el favor de no hablar á nadie de ella, y de ser en lo sucesivo un poco mas circunspecto.

El edecan quedó aterrado, y respondió con frases entrecortadas:

—¿Señor!... yo... es verdad... yo no pensé... Creo que vuestra excelencia se ha enojado.

—Nada de eso, repuso el virey variando de tono; y en prueba de ello, os dejo con mi hija, á su lado; pero os aconsejo que olvideis al hombre de Estado para mostraros como hombre... amable.

Cisneros dijo estas últimas palabras sonriendo y saludando; abrió la puerta mas inmediata á la mesa y dejó solos á Magdalena y Guaicolea.

III.

Magdalena dejó el asiento que ocupaba y se encaminó á la ventana pausadamente y se puso á mirar por entre la celosía, los árboles del jardín y los pájaros de mil colores que revoloteaban por sus ramas. El edecan dejó sobre una silla el sombrero tricornio y se encaminó al mismo sitio á donde estaba la jóven y se colocó detrás de ella, sin duda para demostrar que estaba mas ejercitado en representar el papel de amante que el de diplomático. Despues de un breve silencio dijo Guaicolea:

—¿Habeis escuchado la autorizacion de vuestro padre?

—Sí, señor, respondió Magdalena sin dejar de mirar al jardín.

—Es muy lisonjera, ¿no es verdad? prosiguió el secretario privado; no la esperaba, á fé mia. Su excelencia es muy bueno al permitirme ser amable... con vos.

—No pensaba yo que tuviéseis necesidad de ese permiso, repuso Magdalena volviéndose y clavando sus lindos ojos en Guaicolea.

—No lo quiero negar, contestó el jóven oficial; pero procediendo del virey, cuyas intenciones son siempre diplomáticas, una frase de esta especie revela que me alienta en mis propósitos, pues debeis adivinar, Magdalena, que el deseo de formarme en la carrera diplomática, no es el único objeto por el cual mi padre me ha enviado á Buenos-Aires. Los hombres de Estado no van ordinariamente tan lejos para aprender. Si yo me en-

contrase en el lugar de vuestro padre, yo tambien tomara un secretario.

—Y haríais perfectamente, respondió la hija del virey; eso es lo que hacen todos.

—Un buen secretario, continuó Guaicolea, porque yo ejerceria con distincion.... Y mi padre no ha dejado de tener razon al hablarme con encomio de vuestro talento, de vuestras brillantes cualidades....

—Os comprendo, interrumpió Magdalena; pero debo deciros, que en vuestros cálculos existen dos grandes errores.

—¿Y cuáles son? preguntó afanosamente el edecan.

—El primero, prosiguió la jóven separándose de la ventana; el primero, que acaso me evite la molestia de explicar el segundo, es que vos me creéis muy rica, y debo preveniros que estas riquezas, dado caso que existan, son muy inciertas.

—¿Cómo! exclamó Guaicolea; ¿no sois vos la hija de Cisneros, virey de Buenos-Aires, cuyos bienes de fortuna son inmensos?...

—Sí, amigo mio, repuso Magdalena; hija de un segundo matrimonio, toda la fortuna de su padre procede de su primera esposa, una española que le habia dado una hija.... una hija que él adoraba y que echaba de menos incesantemente.

—No lo ignoro, dijo Guaicolea; pero puesto que ya no vive esa hija....

—¿Y si viviese todavía? dijo la jóven.

—¿Qué me quereis decir? objetó el edecan con sorpresa. ¿En dónde está?

Magdalena se sentó, hizo señas á Guaicolea para que hiciera lo mismo, y aquella habló de la siguiente manera:

—Ignoramos donde se halla, pero hace quince ó diez y seis años, durante su embajada en Alemania, mi padre dejó á Cristeta, niña todavía, en un palacio, que fué presa de un voraz incendio. El aposento que ocupaba mi hermana no fué atacado por las llamas, y sin embargo, la niña habia desaparecido. Los vagabundos que recorrían el país, se sospechó fuesen los que prendiesen fuego al palacio con la intencion de saquearle. Se los ha perseguido sin cesar y veinte veces ha estado mi padre á punto de descubrir la verdad. Pero aun cuando hasta ahora las investigaciones mas activas han sido infructuosas, jamás ha perdido la esperanza de encontrar á su hija, y hasta os diré, sin acusar por ello su ternura, que esta hija ausente, desconocida, es mas querida que aquella que jamás se apartó de su lado, y que á cada momento cree verla aparecer. Por lo que acabo de deciros, caballero, comprendereis que á pesar de los elogios que os han hecho de mi humilde persona, no tengo mas que un mérito condicional subordinado á las circunstancias, y que en una palabra, hay mucho que rebatir respecto á vuestras esperanzas y mis buenas cualidades.

—De ninguna manera, respondió el jóven militar; yo siempre tendré hacia vos las consideraciones debidas... á una hija única, y aunque digais lo contrario, siempre os miraré como tal. Si vuestra hermana existiese, hace ya mucho tiempo que se habria presentado, porque la hija de un elevado personaje parece siempre; todos quieren pertenecer á familias elevadas, hasta los que no tienen derecho á ello.... Con que si vos no teneis otras razones.... que oponer....

Magdalena sonriendo interrumpió á su interlocutor y dijo:

—Creí que esta seria bastante, pero puesto que os parece insignificante, será preciso manifestar la segunda.

—Es verdad, sí, exclamó Guaicolea; me habeis prometido dos.

La segunda razon, añadió Magdalena, y que me parece que no tiene réplica, es que yo nunca me casaré sin amar á mi marido.

—¡Eso es muy justo! dijo el edecan.

—Y yo no sé como deciros, continuó Magdalena; pero os creo bastante hábil para adivinar.... que.... que....

—Vamos, interrumpió Guaicolea; que no me amais.

—Ciertamente, respondió la jóven.

—Se comprende, se comprende, dijo el edecan; se comprende, vaya si se comprende.... y yo lo he comprendido.... vaya si lo he comprendido... como.... como.... pero en fin, mirándolo despacio, yo tampoco puedo exigir que se me ame sin conocerme; es mas, que yo tampoco lo consentiria; prefiero que esto se haga con conocimiento de causa. Todo lo que yo os pido, Magdalena, es el permiso de haceros la corte, de presentaros mis homenajes y esperar que un dia mas afortunado....

—Como querais, interrumpió la hija de Cisneros; yo no os lo puedo impedir, ni responder del porvenir; pero he creído ante todo hablaros con franqueza, para no dar á un hombre galante, á un amigo de mi familia, el derecho de acusarme de inconsecuencia, y sobre todo, para no hacer perder á un secretario de Estado un tiempo precioso que podría emplear con mejor suceso en otra cosa de mayor interés.

Al terminar estas últimas frases, se levantó de la silla, cuyo ademan imitó al punto Guaicolea, saludóle graciosamente y se retiró de la sala, dejando al pobre edecan sumido en las mas graves y profundas meditaciones.

Como todos aquellos hombres que tienen una ciega y presuntuosa confianza en todas sus deliberaciones, quedó pensando que Magdalena defendiéndose de inconsecuencia, al decirle que no respondia del porvenir, le habia significado que no estaba segura de su indiferencia, y que le aconsejaba que procurara agradarla.

—Esto es lo que dicen todas, hablaba el edecan mirándose á un grande espejo y estirando las solapas encarnadas del uniforme; sucede en América lo propio que en Madrid.

En este momento entró un personaje extraño, que habiéndose reproducido en el espejo, obligó al edecan á colocarse de frente y á saludar.

¿Quién era este nuevo aparecido? Vamos á describirlo, antes de que entable un diálogo con el secretario privado del virey de Buenos-Aires.

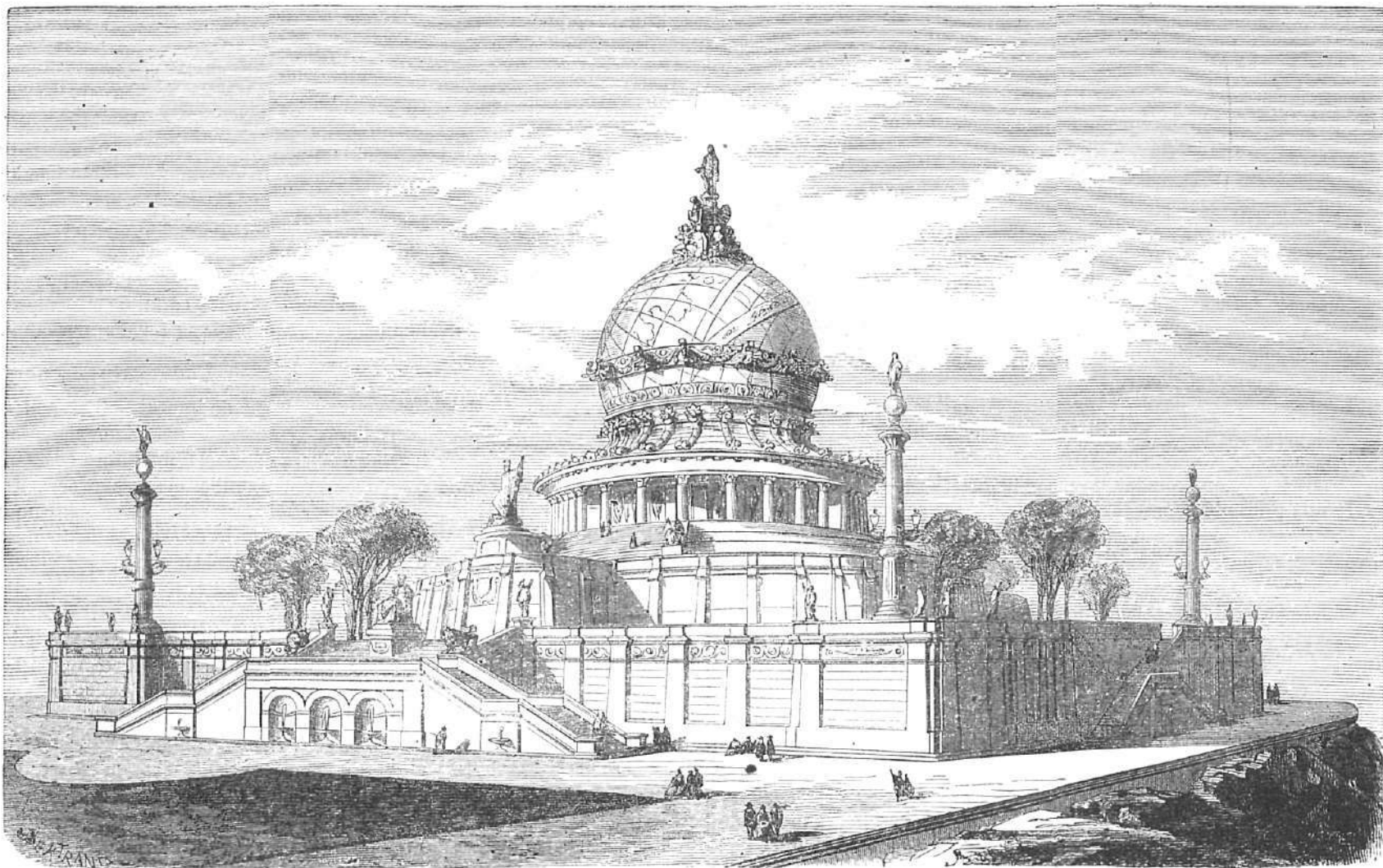
(Se continuará).

MONUMENTO DEDICADO A CRISTOBAL COLON

El monumento á Cristóbal Colon, del cual presentamos un dibujo, no es mas que un proyecto sancionado por nuestra soberana, y cuyo modelo en relieve está ya ejecutado. La enorme cantidad á que se elevaria la construccion del monumento, contribuye á que su ejecucion sea un tanto hipotética.

El monumento proyectado por el señor Marin Baldo, es enteramente simbólico; la historia entera de Cristóbal Colon se lee sobre este monumento, que ciertamente por su línea general y por las intenciones que se ven en sus pormenores, merecen la publicidad que le damos.

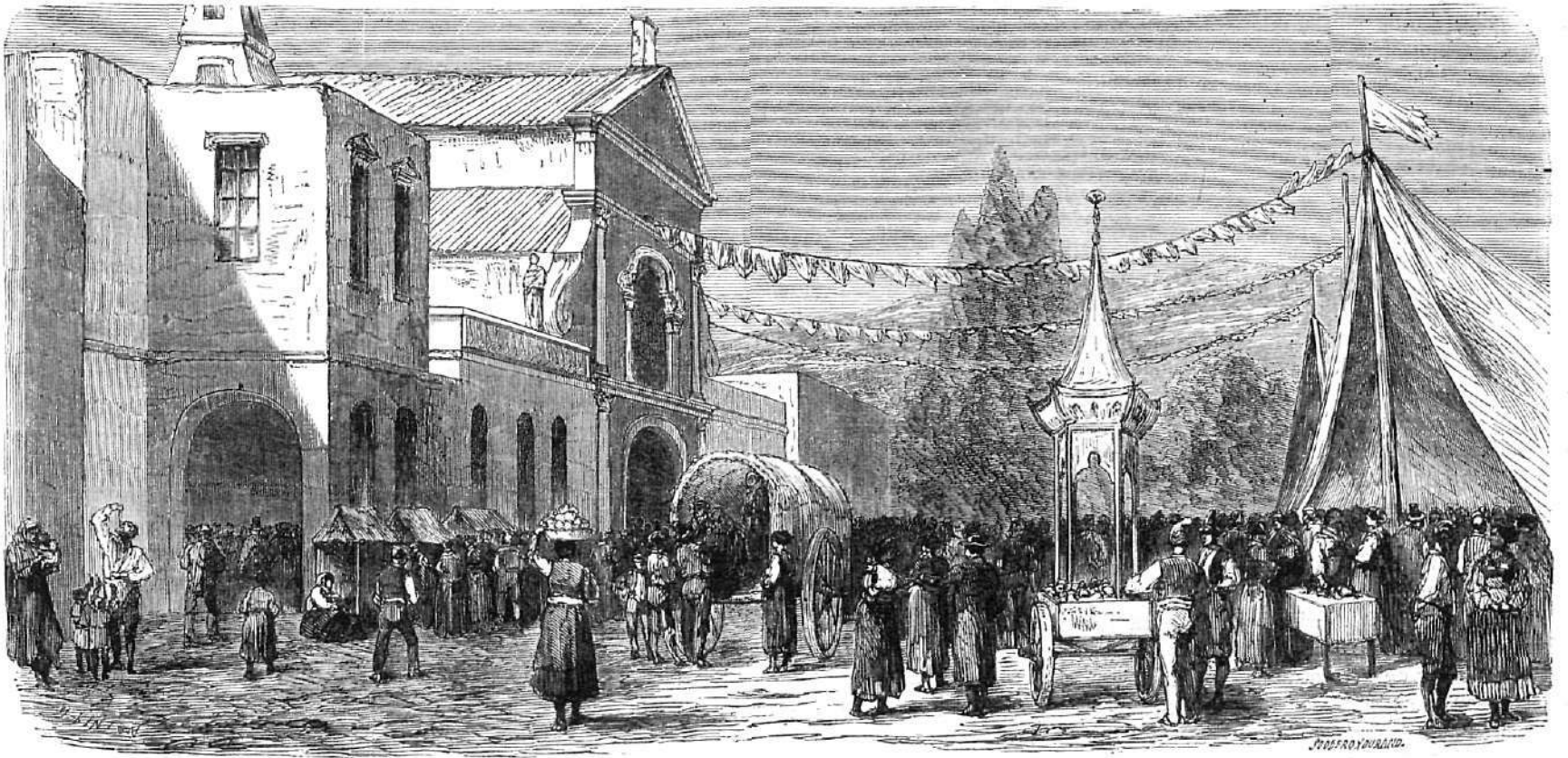
Presentado á la reina por el jóven artista que concibió el monumento, el proyecto fué adoptado en un principio y la Reina quiso que su tesoro particular hiciera los gastos de construccion del pequeño modelo. Esta reduccion se ha ejecutado en París por un escultor de gran talento, Mr. Vandesandre, al cual se debia ya el pequeño modelo de un nuevo trabajo que habia llevado á buen fin, en colaboracion con el artista escogido por Mr. Garnier. Es una verdadera obra de arte. El grupo de



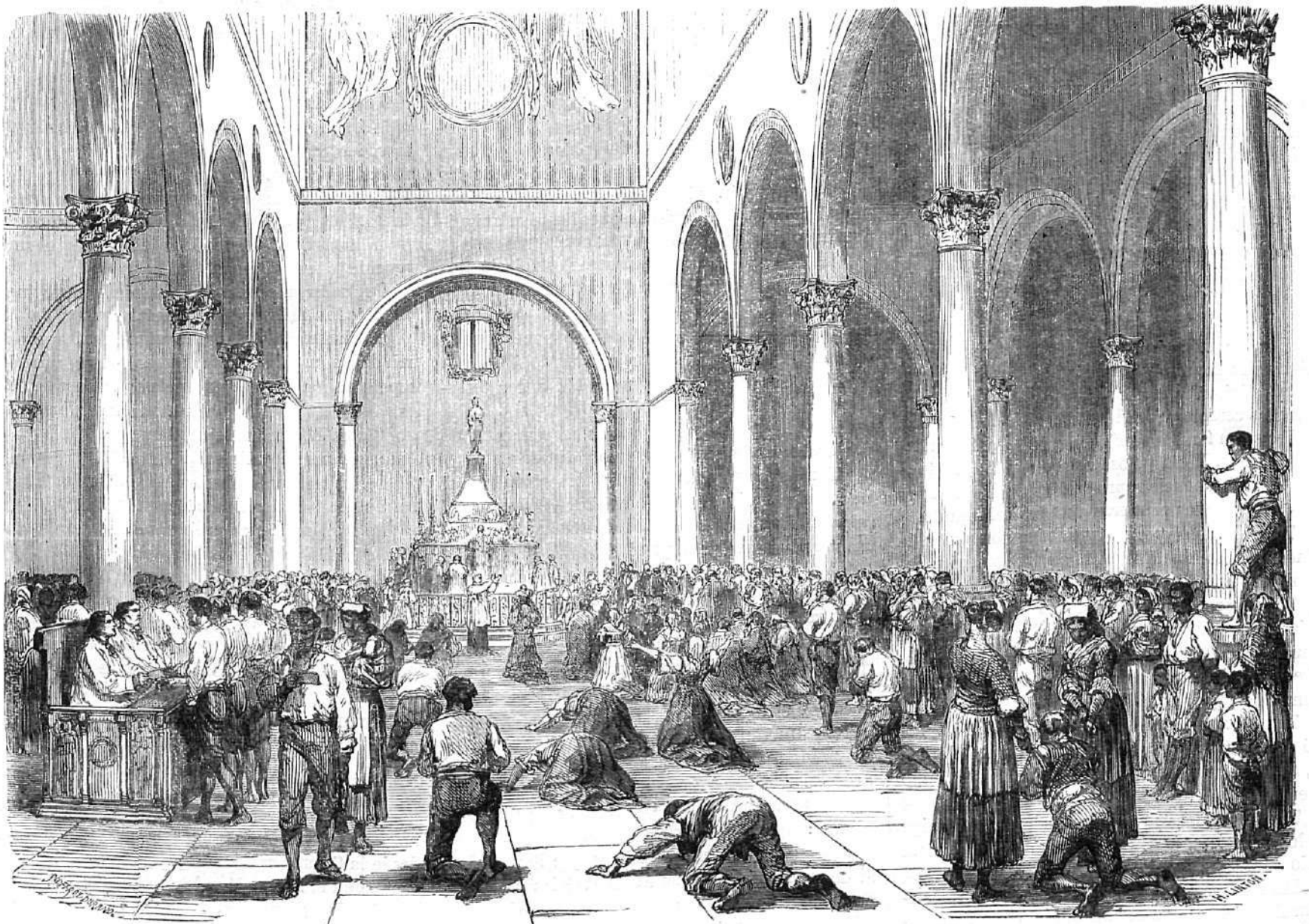
6



7



8



9

Colon que corona el monumento, cuyo modelo se debe á un escultor español, se ha ejecutado en galvanoplastia por la casa Christoffe.

Este monumento será inmediatamente traído á Madrid y presentado á S. M. la Reina por el señor Marin Baldo, arquitecto del monumento. Actualmente se encuentra en uno de los talleres de escultura mas acreditados de París, á la disposicion del señor Balbo.

C. IRIARTE.

UN MILAGRO ANUAL.

Tomamos del diario de un viajero la curiosa noticia que sigue acerca de un hecho interesante que se reproduce cada año el 24 de mayo, en Scafati, cerca de Nápoles.

«Detrás de la iglesia existe un pozo en el cual no se percibe nada. A una hora, que varia cada año, el 23 de mayo, este pozo se llena de un agua que tiene la virtud de curar los reumatismos y las afecciones cutáneas. Los enfermos agotan el agua bebiéndola ó bien bañándose en el pozo. Hoy es tal la afluencia, que la circulacion se hace extraordinariamente difícil. Por todos lados, á las sombras de las higueras y de los naranjos, colonias enteras descansan ó hacen sus comidas. Los muchachos venden el *agua della Madonna*; los peregrinos llegan en multitud y los mendigos acuden en gran número para pedir limosna. La iglesia está siempre llena y apenas bastan cuatro sacerdotes para distribuir al pueblo las estampas de la Madonna.»

FISIOLOGIA DEL NUMERO TRES.

Hay números muy célebres por encerrar en sí un gran número de particularidades notabilísimas. Los antiguos llamaron ya á estos números *cabalísticos*. Curioso es el estudio del número TRES, y creemos que será no solo agradable, sino muy instructivo para los lectores de nuestro periódico EL GLOBO.

Sabido es que en la antigüedad el 3 fué el número de Pitágoras, sobre el que fundó todo su sistema matemático.

TRES son las personas de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu-Santo, uno de los principales dogmas y misterios de nuestra Sacrosanta religion, y con cuya invocacion empiezan todas las ceremonias del culto católico.

TRES son tambien las personas de la Sacra familia, Jesus, María y José, tan magistralmente y con tanta frecuencia reproducidas en los cuadros mas bellos de los primeros pintores del mundo.

TRES decenas y TRES unidades componen la edad de Jesucristo, que en 33 años regeneró y redimió el género humano.

TRES fueron los Reyes Magos que acudieron, guiados por una milagrosa estrella, á saludar á Jesus en su cuna, y TRES fueron las cosas que le ofrecieron: incienso, oro y mirra, como á Dios, como á Rey y como á Hombre.

TRES veces fueron las que la Magdalena le ungió sus sagrados piés, en casa de Simon el Leproso, en la casa de Lázaro, y al bajar su santísimo cuerpo de la Cruz.

TRES veces fueron las que Pedro, el príncipe de los Apóstoles, negó á su Divino Maestro en el átrio de la casa de Caifás.

Las TRES de la tarde fué la hora en que, consumada la obra de la redencion, y cumplidas todas las profecías, espiró Jesus en la Cruz, sobre el Calvario.

TRES fueron las cruces que se alzaron sobre el monte Calvario: la de Jesus, y las de los dos ladrones, Dimas y Gestas.

TRES dias permaneció su Santísimo cuerpo en el sepulcro, antes de resucitar gloriosamente.

TRES fueron las Marías que hubo al pié de la Cruz.

TRES fueron los clavos con que, traspasando las manos y los piés de Jesus, lo mantuvieron pendiente del madero santo de la Cruz.

TRES son los dias que la Iglesia consagra al aniversario de su pasion y muerte, y en que la cristiandad toda, desde la mas populosa ciudad hasta la mas humilde aldea, se cubre de luto: el jueves, viernes y sábado de la Semana Santa, llamada Mayor.

TRES son las virtudes teologales, y principales que constituyen la esencia del cristianismo: Fé, Esperanza y Caridad.

TRES son los enemigos del alma, que el cristiano debe de combatir incesantemente para asegurar su salvacion: el Mundo, el Demonio y la Carne.

Si tanta y tan importante es la significacion del número TRES en el orden religioso, no lo es menos en el orden político, histórico y artístico.

TRES fueron las guerras púnicas, ó de los cartagineses y de los romanos, hasta que estos destruyeron completamente á su eterna rival, cumpliendo el consejo de Caton, que terminaba todos sus discursos con el famoso *Delenda est Carthago*. Debe de borrarse á Cartago.

TRES fueron los hermanos Horacios, y Curios, cuyo combate decidió, muy á los principios de Roma, de su superioridad sobre Alba, y cuyos ejércitos se comprometieron á obedecer el éxito de este memorable duelo.

TRES fueron las personas que compusieron el Triunvirato romano que precedió á la destruccion de la República romana y al establecimiento del Imperio; Marco Antonio, Lépido y Octavio.

De TRES cientos se componia el número de los Senadores romanos.

TRES fueron las formas de gobierno que tuvo Roma, la señora del universo: Monarquía de los reyes en su principio, República en su período mas brillante, é Imperio despues hasta su aniquilamiento por los bárbaros del Norte.

TRES fueron las gerarquías que estableció Roma entre sus ciudadanos: Senadores, Patricios y Plebeyos.

TRES fueron tambien las distinciones que se establecieron para los extranjeros.

TRES los modos que tenian de hacer testamento.

TRES los que usaban para la manumision de sus esclavos: Censo, testamento y vindicta.

TRES los cuerpos en que dividian sus ejércitos, de donde nació el adagio militar—*res venit ad triarios*, luego el ataque á los terceros; para demostrar lo grave de la pelea.

TRES eran las Parcas, que simbolizaban la vida y muerte: Colo, Lachesis y Atropos.—Colo llevaba la rueca, Lachesis hilaba el estambre vital, y Atropos lo cortaba con su inflexible tijera.

TRES han sido los grandes poetas de la humanidad: Homero, Dante y Byron. Sus obras inmortales son el espejo de tres civilizaciones.

TRES fueron las hijas de Elena, y un adagio muy vulgar á su nombre, les ha añadido y *ninguna fué buena*.

TRES eran las gracias que reconoce la Mitología pagana: Aglae, Talía y Eufrosina.

TRES eran las embarcaciones que llevó Colon al descubrimiento de las Américas, las carabelas *Santa María*, cuyo mando se reservó: la *Pinta* y la *Niña*, mandadas por los dos hermanos Pinzones, con las que saliendo del puerto de Palos dieron un Nuevo Mundo á la España.

TRES, multiplicado por sí mismo, produce el número 9, que es el de las Musas.

TRES son los actos, partes ó jornadas en que los clásicos dividen una obra dramática.

TRES son las unidades que en las composiciones dramáticas exige el clasicismo, y de que se han emancipado los románticos: unidad de tiempo, de lugar y de accion.

TRES son las fases de la vida humana: niñez, juventud y vejez.

TRES son los estados del hombre y de la mujer: solteros, casados y viudos.

TRES son los poderes del Estado en un país constitucional.—Ejecutivo ó el del Rey; legislativo ó el de las Cámaras, y el judicial: poderes independientes y que deben obrar en el círculo de la Constitucion.

TRES son las facultades del alma, ó sus potencias: memoria, entendimiento y voluntad.

TRES son las clases de coronas que ordinariamente se conocen: de oro, de espinas y de laurel.

TRES son ordinariamente los espadas en una corrida de toros.

TRES las clases de suertes que se hacen en ellas: los picadores, los banderilleros y la de los matadores.

TRES son los años que duró la guerra de Oriente, que comenzó con la insolente embajada de Menchicoff en Constantinopla, y terminó con la toma de Sebastopol.

TRES son las personas necesarias para jugar al tresillo.

TRES son las bolas de una mesa de billar.

TRES son las separaciones de una diligencia: berlina, interior y rotonda.

TRES son las clases de coches de los ferrocarriles.

TRES los ejercicios que tienen que hacer los estudiantes de todas las facultades para obtener el grado de licenciado.

TRES las proclamas ó amonestaciones que preceden al matrimonio.

TRES las advertencias á toque de clarín que preceden para publicar la ley marcial en caso de asonada ó motín.

TRES las palmadas que sirven de señal en un duelo.

A las TRES dice el adagio español que va la vencida, ó sea la buena.

Por sacar TRES números suspiraban los jugadores todos de la antigua lotería.

Por haber acertado tres números á que puso mil duros un jugador afortunado, y haber querido repetir su jugada, fué suprimida en febrero de 1862 esta lotería, noventa y ocho años antes instituida por Carlos III, por consejo del marqués de Esquilache, su favorito y ministro.

De los hombres obstinados y discolos dice el refran: *ese busca tres piés al gato*.

De tres magistrados se componen ordinariamente las Salas de los tribunales.

TRES son los dias del Carnaval.

TRES las pascuas de Navidad, de Resurreccion y de Pentecostés, y se componen de tres dias.

TRES dias duran las fiestas reales de casamientos, nacimientos y proclamaciones de los reyes de España.

El número TRES marca una porcion de sucesos notabilísimos y célebres en la historia de nuestra España del siglo XIX.

En 1803 se establece la taquigrafía, inventada por don Francisco de Paula Martí. El ilustre español Balmis, con otros ocho facultativos mas, fué desde la Coruña con una expedicion á propagar la vacuna en el Nuevo Mundo, y esta nueva expedicion inspira al gran Quintana, nuestro poeta laureado, una de sus mas bellísimas odas.

En 1813 se abolió la Inquisicion (el 5 de febrero), y se dió á los franceses la batalla de San Mar-

cial (31 de agosto), con cuya batalla quedan espulsados los franceses de España y terminada la guerra gloriosa de la Independencia contra Napoleón.

En 1823 fué abolido el régimen constitucional que la nación habia proclamado tres años antes, por una invasion de cien mil franceses, los cien mil hijos de San Luis, enviados por la Europa reunida en el Congreso de Verona.

En 1833 muere Fernando VII.—Sube al trono Isabel II bajo la regencia de su madre, y vuelve el triunfo de las ideas constitucionales.

En 1843 es derrocada la regencia de Espartero y proclamada antes del tiempo legal la mayoría de Isabel II.

En 1853 las famosas discusiones en las Cortes sobre los ferro-carriles, producen su clausura, y prepara la dominacion de un nuevo partido, el de la union liberal.

Por último, el número tres es el que ha servido para marcar las dos grandes épocas en que se divide la historia del mundo.

La primera, la anterior á Jesucristo, tiene tres periodos.

Primero.—Desde la creacion del mundo hasta el diluvio.

Segundo.—Desde el diluvio hasta la Era de las olimpiadas.

Tercero.—Desde la Era de las olimpiadas hasta la Era vulgar.

La segunda parte de la historia del mundo se marca tambien en otros tres periodos.

Primero.—Desde el nacimiento de Cristo á la destruccion del Imperio romano (desde 1 á 395).

Segundo.—La edad media, desde la invasion de los Germanos á la última de los Turcos (desde 395 á 1493).

Tercero.—Los tiempos modernos, desde la toma de Constantinopla hasta nuestros días (desde 1493 á 1866).

Véase cuánta es la importancia del número tres, ora lo consideremos religiosa, política ó históricamente!!!

EL CONDE DE FABRAQUER.

LA ISLA DE WIGHT.

La reina Victoria acaba de establecerse en Osborne. Esta residencia de verano, á pesar de las dos torres de que aparece flanqueada, es menos un palacio que una deliciosa ciudad italiana. Su magnificencia la debe especialmente á la naturaleza. El parque creado en 1844, se ha hecho famoso por su verdor, sus frescas sombras y sus bellas avenidas. Allí se goza de un espectáculo encantador. Su vista descansa sobre el valle del Medina y sobre las verdes colinas que van escalonándose al Sur y al Oeste; comprende al Norte y al Este una gran parte del estrecho, la rada de Spithead y las costas del Hampshire. En un sitio del parque se encuentran las casitas y los rebaños de la pequeña Suiza, donde los miembros de la familia real no desdennan entregarse á las ocupaciones de los pastores de Teócrito y de Virgilio.

Osborne, no es el único punto importante de la isla de Wight.

Esta isla, á la cual llamaron los romanos *Vecta* ó *Vectis*, los bretones *Guith* y los sajones *Witland*, está separada de Hampshire, de que forma parte actualmente, por el *Salent sea*, canal cuya longitud varía de cuatro á seis millas. De forma elíptica, mide del Este al Oeste 37 kilómetros y 21 solamente de Norte á Sur. El Medina la divide en dos partes casi iguales que comprenden juntas

treinta parroquias dependientes de la diócesis de Winchester.

Su admirable fertilidad, su vegetacion y la abundancia de sus pastos, le han valido ser llamada el jardín de Inglaterra. La benignidad de su clima es tal, que los mirtos, los geraneos y muchas plantas exóticas prosperan allí de una manera prodigiosa. Así es, que todos los años, las personas de constitucion débil y los enfermos acuden en gran número á pedir la salud. Tambien todos los años acuden á este paraje los viajeros curiosos para admirar aquellos sitios pintorescos, para estudiar las ruinas de sus antiguos monumentos y recorrer las rocas salvajes, los promontorios y las imponentes gargantas de sus costas meridionales.

La isla de Wight estaba agregada en otro tiempo al continente, y si hemos de dar crédito á Diódoro de Sicilia, los bretones pasaban durante la baja mar á las Galias con sus carretas cargadas de estaño. La poca profundidad de la Mancha y la perfecta conformidad de las capas geológicas parecían justificar esta asercion.

Cowes, donde se desembarca viniendo de Southampton, es una ciudad pequeña agradablemente situada sobre las dos márgenes del Medina, en la misma embocadura de este rio y defendida por un castillo edificado bajo el reinado de Enrique VIII.

A ocho kilómetros al Sur de esta ciudad, precisamente en el punto en el que el Medina deja de ser navegable, se encuentra á NEMPORT, distrito de la isla. En la iglesia parroquial, que data desde el siglo XII, se descubrió en 1793 el ataúd de Isabel Estuardo, hija segunda del rey Carlos I, que murió envenenada, segun algunos historiadores, por órden de Cromwell.

Un precioso paseo, llamado *el Mail*, conduce á la aldea de Carisbrook, cuyas casas, y la iglesia con su campanario, se distinguen desde lejos. Cerca de la iglesia se ven las ruinas de un priorato de monjes cistercienses, fundado despues de la conquista normanda por Fitz-Osborne, conde de Hereford.

En el siglo XII, bajo los lores independientes de Wight, Carisbrook era la capital de la isla, y llegó á ser desde 1445 á 1447 la capital de un reino, bajo el reinado de Enrique de Beauchamp, conde de Warwick, coronado rey de Wight, de Jersey y de Guernesey por Enrique VI.

Su castillo, célebre en los anales de Inglaterra, y uno de los mas antiguos de este país, cubre toda la altura de inmensos vestigios. Construido primitivamente por los romanos, fué sucesivamente engrandecido por los bretones, los sajones y los normandos. El aposento que sirvió de prision á Carlos I subsiste aun de pié y se muestra la ventana por donde este desgraciado príncipe intentó fugarse.

Cerca de la ribera, á unas dos millas de Ryde, se perciben las ruinas de *Quarr-Abbey*, uno de los primeros monasterios de la órden del Cister. Para fundarle, Balduino, conde de Devon, dió en 1132 su territorio de Arreton á Geoffrey, abad de Savigny, en Normandia.

Hoy no queda de todo esto mas que los muros exteriores; lo restante ha sido destruido enteramente por la mano del hombre. Bajo el reinado de Enrique VIII, un comerciante de Southampton, llamado Jorge Mills, llegó á ser el poseedor de estas ruinas y vendió los materiales de ellas sin respeto hácia los ilustres personajes enterrados en la capilla.

Ryde, que no se componia en el siglo último mas que de algunas familias pobres de pescadores, es en la actualidad una preciosa ciudad, que debe su prosperidad á la afluencia de los bañistas y á su animacion por la proximidad de Portsmouth. Desde su terraza la vista se extiende á lo lejos, y

se percibe en tiempo claro la flecha de la catedral de Chichester. Posee un magnífico bosque, el *Pier*, que se adelanta hácia el mar y que es un sitio de paseo bastante frecuentado.

A cuatro millas de Ryde, en lo interior de una bahía, se levanta en forma de anfiteatro la aldea de *Brading*, cuya iglesia encierra algunos sepulcros antiguos. Se puede visitar en las cercanías el antiguo territorio de Nunwells, donde reside el baron sir W. Oglander, el representante de la familia mas antigua de la isla.

SHANKLINE es notable por la apariencia gótica de sus casas. Allí es donde se encuentra el primer *chino* de Wigh. Se da este nombre á los valles estrechos, profundos y perpendiculares de la costa. La isla de Wigh posee nueve: los *chinos* de Shankline, de Lucombe, de Blanckgang, de Lunder, de Walpon, de Covoleace, de Chilton, de Brook y de Compton. Los tres primeros sobre todo merecen ser visitados.

La pequeña ciudad de Vetrnor es de formacion reciente. Su dichosa situacion ha contribuido á que se la conozca con el sobrenombre de el Nice de Inglaterra. Abrigada de los vientos del Norte y del Oeste, goza, en efecto, de la mas dulce temperatura. En su vecindad se encuentra el parque y el palacio de *Appuldurcombe*, donde residió mucho tiempo sir Ricardo Wosley que consagró treinta años de su vida en escribir la historia de la isla de Wigh. La notable galería de cuadros, y la coleccion de canafeos y de objetos antiguos que los extranjeros iban á admirar allí, ha sido vendida y dispersa; el palacio mismo no es ya mas que una casa vieja y vulgar.

Los viajeros no han podido olvidar las rocas y la bahía de *Freshwater*. Especialmente su caverna es muy curiosa, pero no se puede penetrar en ella sino durante la baja mar.

En la parte occidental de la isla, se adelantan orgullosamente por encima de las olas las *Needles* (las Agujas), rocas de formas estraordinarias y fantásticas. La mar se estrella contra ellas con violencia. La mas alta de estas rocas, llamada la *Mujer de Loth*, desapareció en 1764, y puede suponerse que las demás correrán la misma suerte.

No citaremos ya mas que la ciudad de Yarmouth, puesto situado en la embocadura del Yar; posee un fuerte construido bajo el reinado de Enrique VIII, una iglesia pintoresca y una capilla donde se encuentra el monumento fúnebre del almirante sir Roberto Holme, gobernador en tiempo de Carlos I.

No hemos tenido la pretension de hacer en estas cortas líneas la descripcion completa de este *canastillo de flores y de frutas* que se llama isla de Wigh. El poeta Michäe Drayton la ha cantado en su *Poly-Albion (song the second)* y M. W. Darcey ha hecho tambien de la isla una monografía bastante detallada en su guia por Inglaterra.

G. TEJERO.

DECLARACION POR MUSICA.

Mira aqui, brillante *sol*,
A un amante *re la mi do*,
Que aguarda en *fa* sostenido
Obtener un *si* bemol.

SOLUCION DE LA CHARADA INSERTA EN EL NUMERO ANTERIOR.

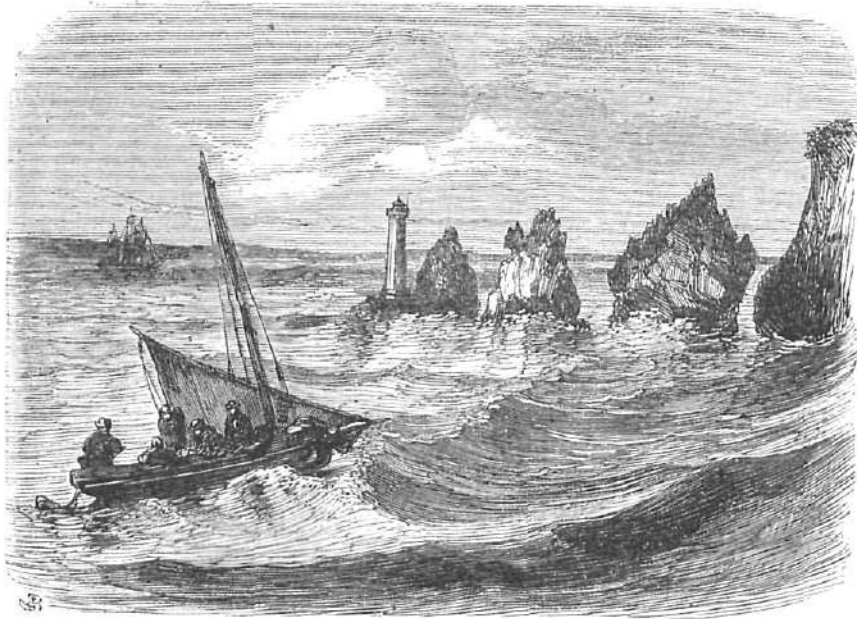
Primavera.

EDITOR RESPONSABLE; DON DIONISIO CHAULIE.

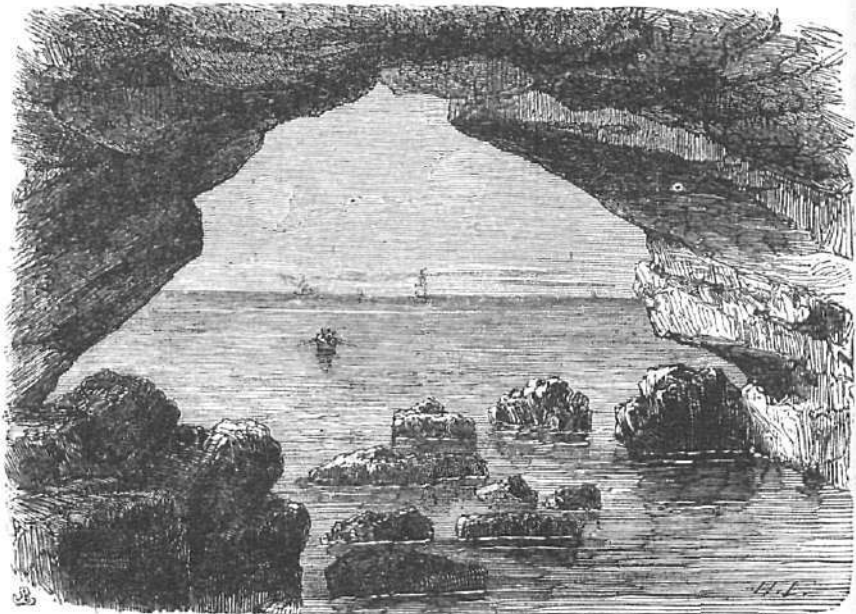
IMPRENTA DEL BANCO INDUSTRIAL,

A CARGO DE D. J. BERNAT.

Costanilla de Santa Teresa, núm. 3.—Madrid.—1866.



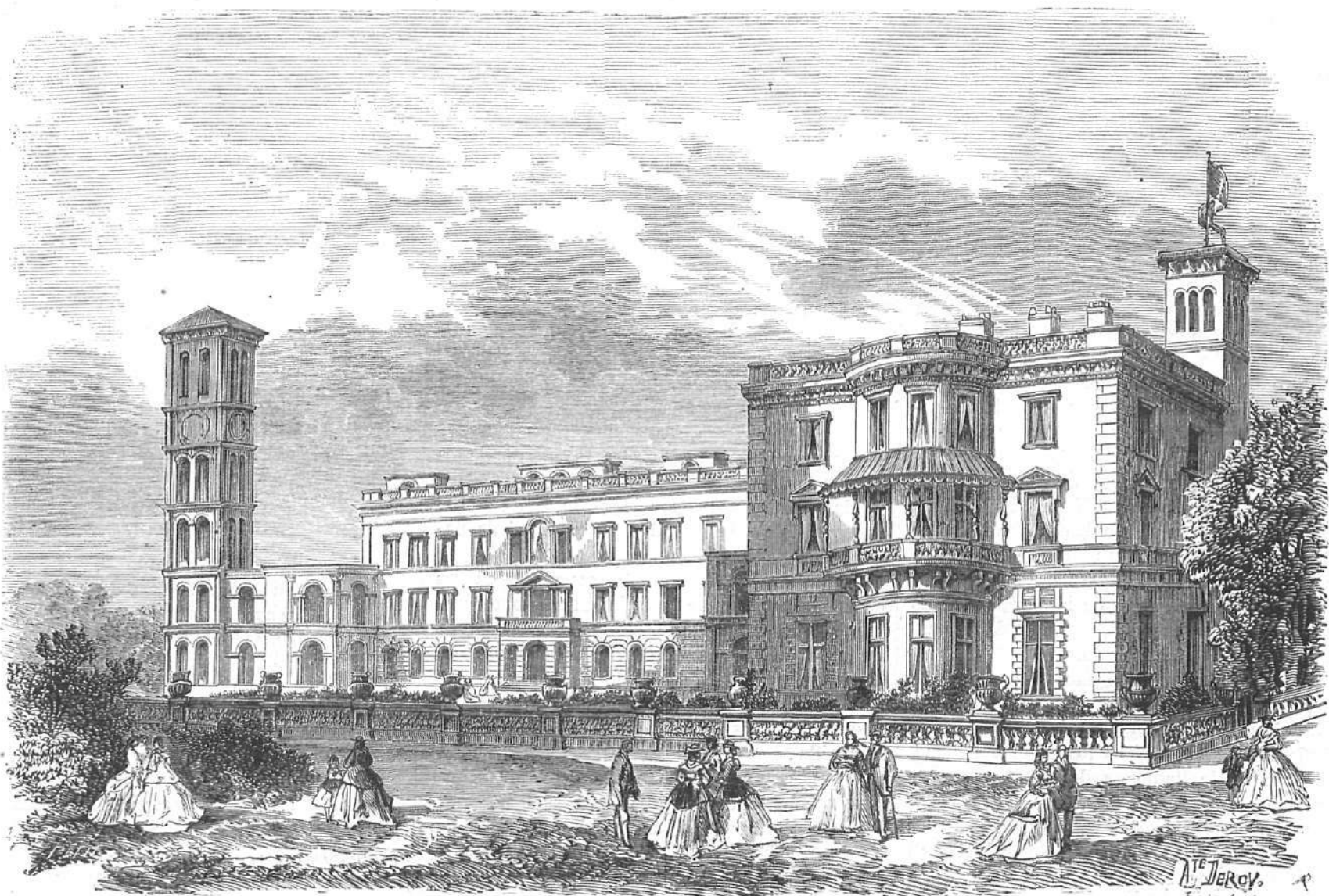
10



11



12



13